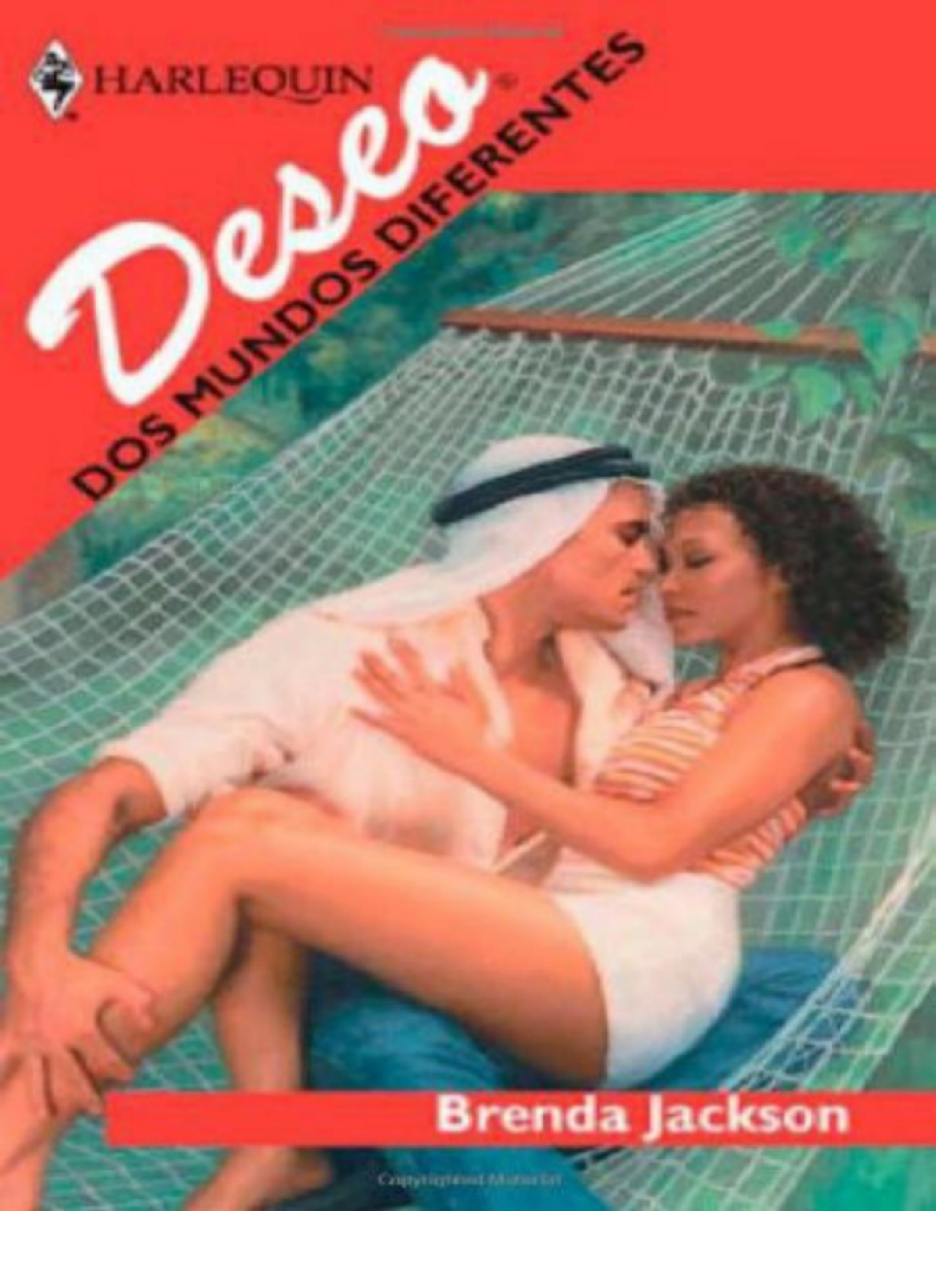

HARLEQUIN
Deseo
DOS MUNDOS DIFERENTES
Brenda Jackson

DOS MUNDOS DIFERENTES

Delaney Westmoreland no estaba dispuesta a que un pequeño contratiempo la privara del descanso que tanto necesitaba. Lo que no esperaba era que el arrogante jeque con el que se había visto obligada a compartir sus vacaciones fuera a darle un curso intensivo de sexualidad. Desgraciadamente, las palabras amor y compromiso no figuraban en el manual de tan seductor profesor.

La primera intención de Jamal Ari Yassir había sido instruir a Delaney en la sensualidad para disfrutar él, pero nada había salido como había previsto. Sin darse cuenta, se había visto atrapado en una pasión irresistible por su sexy compañera de vacaciones. ¿Podría una amante de verano ser la mujer con la que estaba destinado a compartir el resto de su vida?

Era un magnífico profesor

Capítulo Uno

Jamal inspiró profundamente para tranquilizarse y salió de debajo de la mesa. Se puso de pie y se limpió el sudor de la frente; llevaba una hora intentando equilibrar la mesa.

–Al fin y al cabo, soy un jeque, no un chapuzas– dijo con frustración, mientras arrojaba las herramientas a la caja.

Jamal había ido a la cabaña para descansar pero hasta el momento solo había conseguido aburrirse, y aún le quedaban veintiocho días por delante.

No esta acostumbrado a no hacer nada; en su país, la valía de un hombre se medía por su trabajo diario. La mayoría de sus súbditos trabajaban de sol a sol, y no por obligación, sino por que estaban acostumbrados a ello por el bien de Taran. Y aunque era el hijo de uno de los jeques más importantes del mundo, siempre se le había exigido que trabajara tan duro como las personas a las que servía.

Durante los tres últimos meses, había representado a su país en unas importantes negociaciones que incluían a otras naciones cercanas a Taran. Cuando terminaron y todas las partes estuvieron satisfechas, había sentido la necesidad de escapar para darle un descanso a su cuero y su mente.

El ruido de la puerta de un coche cerrándose, captó la atención de Jamal y rápidamente se preguntó quién sería.

Sabía que no sería Philip, su compañero de habitación en Harvard, pues él era quien le había ofrecido la cabaña, ya que se había marchado de luna de miel durante dos semanas. Así que intrigado, se dirigió hacia el cuarto de estar. Nadie tomaría el desvío de la autopista a no ser que supiera de la existencia de la cabaña, que estaba a unos ocho kilómetros internada en el bosque.

Cuando se acercó a la ventana para mirar, contuvo el aliento; se sintió hipnotizado, cautivado, consumido por una repentina lujuria.

Una mujer afroamericana se acababa de bajar de un coche último modelo y estaba inclinada sobre el maletero. Solo que pudo distinguir su trasero, pero aquello fue suficiente.

Llevaba unos pantalones cortos que se ajustaban al culito más seductor que había visto, y había visto muchos a lo largo de sus treinta y cuatro años de vida, pero nunca uno tan bien definido y proporcionado. Sin gran esfuerzo se imaginó aquel trasero apretado contra su vientre mientras dormían, y una sonrisa se dibujo en sus labios. ¿Quién sería capaz de < <dormir> > teniendo un cuerpo como aquel a su lado?

Jamal desvió la mirada hacia los muslos de la mujer; estaban bien formados, eran firmes y estaban perfectamente definidos.

Por un instante, se quedó clavado en el sitio mientras la observaba desde la ventana. Pero cuando ella sacó dos maletas del coche, rápidamente frunció el ceño, pero pensó que se preocuparía de las implicaciones del equipaje más tarde. Por el momento, quería ver el resto de aquella mujer.

En cuanto aquel pensamiento cruzó por su cabeza, la mujer cerró el maletero y se dio la vuelta. En apenas unos segundos, Jamal sintió que una ola de calor le barría el cuerpo; aquella mujer era increíblemente guapa. Maravillosa.

Mientras ella se las arreglaba con el equipaje, él la recorrió con la mirada: el pelo castaño oscuro y rizado, enmarcaba un rostro de color miel y le caía hasta los hombros, dándole un aspecto atrevidamente seductor. Tenía una barbilla pequeña y redonda, y una boca exquisitamente dibujada. De mala gana apartó la mirada de su boca y la deslizó por el cuello hacia sus redondos y erguidos pechos, para después continuar hasta sus fabulosas piernas. Era la seducción personificada.

Jamal movió la cabeza al sentir un profunda tristeza: sin lugar a dudas aquella mujer se había equivocado de cabaña, así que pensó que ya había visto suficiente y que sus hormonas no soportarían mucho más, se apartó de la ventana y se dirigió a la entrada de la cabaña. Mientras abría la puerta y salía al porche, sintió la tentación de preguntarle si podría hacer el amor un par de veces antes de se volviera a marchar.

–¿Puedo ayudarte?– preguntó finalmente, aunque con la voz cargada de intención.

Delaney Westmoreland levantó la cabeza sobresaltada y su corazón comenzó a latir con rapidez al ver al hombre que estaba de pie en el porche, apoyado contra el marco de la puerta.

¡Y menudo hombre!

Si se pudiera describir a algún hombre como guapo, sería él. La luz del atardecer resaltaba el profundo bronceado de su piel, dando un auténtico significada a la descripción de alto, moreno y atractivo.

Delenay no tenía mucha experiencia con los hombres, pero tampoco hacía falta para darse cuenta de que era un hombre de lo más seductor y que cualquier mujer caería rendida a sus pies.

Era alto, fácilmente medía un metro ochenta, llevaba unos pantalones de marca comprados en Europa y una camisa de corte elegante, Delaney pensó que su atuendo estaba completamente fuera de lugar en aquel sitio, cosa que a ella no la molestaba en absoluto.

Tenía el pelo moreno, corto y liso, y la mirada de sus oscuros y penetrantes ojos parecía alerta e inteligente.

Ambos se miraron fijamente.

Delaney parpadeó un par de veces para asegurarse de que no estaba soñando.

–¿Quién eres tú?–preguntó ella finalmente.

–Creo que debería ser yo quien hiciera esa pregunta –dijo él después de unos instantes de silencio.

Jamal se apartó de la puerta y bajó del porche. Mientras se acercaba, Delaney contuvo la respiración, aunque procuró no mostrarlo y mantuvo la mirada fija en él. Después de todo era un extraño y estaban los dos solos en medio del bosque, así que no había nada peor que no aprovecharse de una oportunidad tan tentadora y decidió ser cautelosa.

–Soy Delaney Westmoreland, y tú estás invadiendo propiedad privada.

El hombre se detuvo delante de ella y cuando Delaney levantó la cabeza para mirarlo, sintió una sensación cálida y agradable en su interior; de cerca era incluso más guapo.

–Y yo soy Jamal Ari Yasir. Esta cabaña pertenece a un buen amigo mío, así que creo que eres tú la que está invadiendo propiedad privada.

Delaney entrecerró los ojos, preguntándose si realmente era amigo de Reggie tal y como afirmaba. ¿Se le habría olvidado a su primo que le había prestado la cabaña cuando se la ofreció a ella?

–¿Cómo se llama tu amigo?

–Philip Dunbar.

–¿Philip Dunbar? –preguntó ella, hablando en un tono bajo y seductor.

–Sí ¿Lo conoces?

–Sí. Philip y mi primo, Reggie, fueron socios durante un tiempo. Reggie es el que me ofreció la cabaña. Se me había olvidado que Philip y él son copropietarios.

–¿Habías estado aquí alguna vez?

–Sí, una, ¿Y tú?

Jamal movió la cabeza y sonrió.

–Es la primera vez vengo.

Aquella sonrisa hizo que Delaney contuviera la respiración. Vio que sus ojos estaban otra vez fijos en ella, observándola, y no le gustaba ser el objeto de aquella penetrante mirada.

–¿Por qué me observas de esa manera? –espetó Delaney.

–No me había dado cuenta de que te estuviera observando –dijo él enarcando una ceja.

–Pues lo estás haciendo –replicó ella, entrecerrando los ojos–, ¿De dónde eres? No pareces de aquí.

Jamal sonrió.

–No. Soy de Oriente Medio, de un pequeño país llamado Tahran.

¿Has oído hablar de él?

–No. Pero nunca se me dio bien la geografía. Hablas nuestro idioma bastante bien para ser forastero.

Jamal se encogió de hombros.

–Aprendí inglés desde pequeño y después fui a Harvard a la universidad.

–¿Te has licenciado en Harvard?

–Sí.

–¿A qué te dedicas? –inquirió ella, preguntándose si quizá trabajaba para el gobierno federal.

Jamal cruzó los brazos sobre el pecho y pensó que las mujeres de occidente hacían demasiadas preguntas.

–Ayudo a mi padre a cuidar de mi gente.

–¿Tu gente?

–Sí, Soy el jeque, príncipe de Tahran. Mi padre es el Emir.

Delaney sabía que Emir era otra forma de referirse a un rey.

–Si eres el hijo de un rey, ¿qué estás haciendo aquí? Aunque es un sitio bonito, supongo que te puedes permitir algo mejor.

Jamal frunció el ceño.

–Sí puedo, pero Philip me ofreció la cabaña como símbolo de amistad. Habría sido de mala educación no aceptar. Además, él sabía que quería estar solo durante un tiempo; en cuanto la prensa se entera de que estoy en tu país, no me dejan en paz. Pensó que un mes aquí me vendría bien.

–¿Un mes? –preguntó ella incrédula.

–Sí. ¿Cuánto tiempo pensabas quedarte tú?

–Un mes –dijo Delaney y él enarcó una ceja.

–Pues los dos sabemos que no podemos estar aquí juntos, así que estaré encantado de ayudarte a guardar tus maletas de nuevo en el conche.

Delaney puso los brazos en jarras.

–¿Y por qué tengo que ser yo la que se marche?

–Porque yo llegué primero.

Aunque tenía razón, Delaney no quiso admitirlo.

–Pero tú puedes permitirte ir a otra parte y yo no. Reggie me ofreció la cabaña durante un mes como regalo de graduación.

–¿Regalo de graduación?

–Sí, Me licencié en Medicina el viernes pasado. Después de pasar ocho años estudiando sin parar, pensó que me vendría bien descansar durante un mes.

–Estoy seguro de ello.

Delaney suspiró al darse cuenta de que no iba a ser tan fácil persuadirlo para que se marchara.

–Hay una forma democrática de solucionar esto.

–¿De verdad?
–Sí. Lo echaremos a suerte ¿Cómo prefieres?
Aquello hizo que Jamal sonriera involuntariamente.
–De ninguna forma. Sugiero que me dejes ayudare a guarda el equipaje en el coche.
Delaney inspiró profundamente. Estaba furiosa. ¿Cómo se atrevía a decirle lo que tenía que hacer?
Delaney tenía cinco hermanos mayores y desde muy pequeña había aprendido a defenderse de los hombres. Se las arreglaría con aquel igual que lo hacía con sus hermanos: a base de cabezonería.
Así que puso los brazos en jarras y lo miró directamente a los ojos.
–No voy a marcharme.
Jamal no pareció afectado por aquel comentario.
–Sí lo harás.
–No lo haré.
En aquel momento, las facciones de Jamal se endurecieron.
–En mi país, las mujeres hacen lo que se les ordena.
Delaney lo miró furiosa.
–Pues bienvenido a América, <<majestad>>. En este país las mujeres tienen derecho a expresar su opinión, e incluso pueden decirle a un hombre adónde puede irse.
–¿Adónde ir? –preguntó Jamal enarcando una ceja.
–Sí. Como, <<vete a freír espárragos o vete a hacer puñetas>>.
Jamal no pudo evitar reírse; Delaney Westmoreland era sin lugar una mujer muy atrevida.
Había aprendido que las mujeres occidentales no dudaban en decir si algo las molestaba. En su país, las mujeres aprendían desde que eran pequeñas, a no mostrar sus emociones.
Jamal pensó en utilizar otro acercamiento, uno que no hiriera su inteligencia.
–Sé razonable –le dijo él.
Ello lo miró irritada y Jamal supo que aquello tampoco resultaría.
–Soy razonable. En estos momentos una cabaña junto a un lago, durante un mes y de manera gratuita es más que razonable. Es un sueño hecho realidad. Tú no eres el único que necesita estar solo durante un tiempo.
Delaney pensó en su familia. Al haber terminado la carrera, daban por sentado que estaba cualificada para diagnosticar todas sus dolencias y no lograría descansar si sabían dónde se encontraba. En caso de emergencia, sus padres sabían cómo contactar con ella, y aquello era suficiente. Delaney quería a su familia, pero se merecían un descanso.
–¿Por qué quieres estar sola?
–Es algo personal –dijo ella frunciendo el ceño.

Jamal se preguntó si estaría ocultándose de una amante celoso, o de un marido incluso. No llevaba anillo de casada, pero sabía por experiencia que algunas mujeres americanas se lo quitaban cuando les convenía.

–¿Estás casada?

–No. ¿Y tú? –preguntó ella con irritación.

–Aún no –murmuró él–. Esperan de mí que me case antes de mi próximo cumpleaños.

–Me alegro por ti. Ahora sé un príncipe amable y ayúdame a llevar mi equipaje a la cabaña. Si no me equivoco, hay tres habitaciones y cada uno tiene su propio cuarto de baño, así que hay espacio suficiente para ambos. Tengo intención de dormir mucho, así que habrá días en los que ni siquiera me veas.

Jamal la miró fijamente.

–¿Y qué pasará en los días en que sí te vea?

Delaney se encogió de hombros.

–Haz como si no estuviera. De todos modos, si te resulta demasiado difícil y sientes que no estás a gusto, entenderé que decidas marcharte –dijo ella y miró a su alrededor–. ¿Dónde está tu coche?

Jamal suspiró y se preguntó cómo conseguiría que se marchara.

–Lo tiene mi secretario –contestó secamente–. Se hospeda en un hotel a pocos kilómetros de aquí. Prefería estar cerca de mí por si necesito algo.

Delaney enarcó una ceja irónicamente.

–Debe ser muy agradable que te traten como a un rey.

Jamal ignoró la frialdad de su tono de voz.

–Tiene sus ventajas. Asalum ha estado conmigo desde el día en que nací.

Delaney no pudo evitar escuchar el profundo cariño de su tono de voz.

–Como he dicho, debe de ser agradable.

–¿Estás segura de que quieres quedarte? –preguntó él.

Su tono de voz tenía una nota ligeramente retadora y mantuvo la mirada de Delaney con sus oscuros ojos.

Al escuchar aquella profunda y seductora voz, Delaney dudó. No estaba segura, pero desde luego no estaba preparada para marcharse; al menos después de haber conducido siete horas para llegar hasta allí. Quizá después de una ducha y una larga siesta cambiara de opinión.

Se encontró con la mirada de Jamal y tembló bajo su intensidad. Un escalofrío de deseo la sacudió, igual que cuando lo vio por primera vez, de pie en el porche.

Delaney tenía veinticinco años y era lo suficiente madura para reconocer la existencia de hormonas hiperactivas. Pero también era lo suficientemente madura para controlarlas y no ceder a la tentación. Lo

último que quería era tener una aventura con un príncipe machista y esperaba que él tampoco quisiese, así que mantuvo su mirada y levantó la barbilla en un gesto desafiante.

–Me quedo.

Aquella mujer era testadura, pensó Jamal. Estaba apoyado en el marco de la puerta de la cocina observando a Delaney mientras esta colocaba la comida que había llevado consigo.

–Gracias por traer mi equipaje y las cajas –dijo ella, dándose la vuelta cuando terminó de colocar todo.

Jamal asintió. Al mirarla, volvió a sentir que el deseo tensaba su cuerpo y supo que ella había notado su reacción.

Delaney se humedeció los labios nerviosamente mientras apartaba los ojos de él. Resultaba obvio que ella también era consciente de la creciente atracción sexual entre ellos.

–Si empiezas a tener dudas respeto a quedarte...

–Olvídalo –interrumpió ella, con la irritación reflejada en los ojos.

–Pues entonces recuerda que ha sido decisión tuya –dijo él tranquilamente.

–Lo haré –contestó Delaney y se acercó a él–. Y te sugiero que no intentes hacer nada bajo cuerda para echarme. Me marcharé cuando esté preparada para ello, y no antes.

Jamal pensó que cuanto más se enfadaba más guapa se ponía.

–Soy un caballero y nunca se me ocurriría comportarme de tal manera.

–Bien. Te tomaré la palabra –dijo ella, dio media vuelta y se marchó.

Jamal observó el contoneo de sus caderas hasta que la perdió de vista; su nariz se inundó con el aroma femenino que ella había dejado a su paso y el sultán primitivo que había en él profirió un inaudible gruñido.

Una cosa era cierta, pensó Jamal, y es que no volvería a aburrirse.

Una vez en su habitación, Delaney suspiró y se pasó una mano por el pelo, mientras se apoyaba contra la puerta. Sintió que una ola de calor le recorría todo el cuerpo, provocada por intensa y hambrienta mirada de Jamal.

¿En qué se había metido?

La sola idea de compartir la cabaña con un hombre al que no conocía era ridícula. El único hecho que lo justificaba era que mientras él había estado sacando las cajas de su coche, ella había telefoneado a Reggie desde su teléfono móvil.

Reggie y ella nacieron el mismo año y habían establecido una estrecha relación entre los dos. A lo largo de los años, Reggie se había convertido en algo más que su primo, era su mejor amigo. Él siempre le había guardado los secretos a Delaney y ella a él.

Tras disculparse por el malentendido, Reggie le había asegurado que Jamal era quien decía ser; él mismo lo conoció unos años antes a través de Philip. También la había advertido que Jamal no toleraba fácilmente a las mujeres occidentales y Delaney le había asegurado que no le importaba lo más mínimo el nivel de tolerancia de Jamal y que no tenía intención de permitir que el príncipe le dijera si podía quedarse o no. Se merecía aquellos treinta días de descanso y se había propuesto disfrutar de sus vacaciones, ocurriera lo que ocurriera.

Delaney cruzó la habitación y se sentó en una silla reclinable. Echó un vistazo a su equipaje y pensó que estaba demasiado cansada para deshacerlo; colocar la comida que había llevado la había agotado, ya que Jamal la había estado observando durante todo el proceso. Aunque no habló, Delaney sintió su mirada como si fuera una caricia; de hecho, lo había sorprendido observándola fijamente un para de veces.

Sabía que su intención había sido la de ponerla nerviosa, pero por lo que ella se refería, lo tenía bastante difícil.

Los hermanos Westmoreland, Dare, Thorn, Stone, Chase y Storm, hacían que tratar con Jamal fuera pan comido, y sintió que se acaloraba al pensar que Jamal probablemente era tan delicioso como un pan recién horneado. Delicioso.

Él había provocado en ella la reacción física y la atracción más intensa que había sentido hacia un hombre.

Movió la cabeza y pensó que sería mejor darse una ducha fría y alejar la tentación.

Aunque su cuerpo se hubiera vuelto loco, lo que necesitaba era dormir, no un hombre.

Capítulo Dos

Delaney se detuvo junto a la puerta de la cocina y observó las masculinas piernas que sobresalían de debajo de la mesa.

<<Son bonitas>>, se dijo al ver la firmeza de sus muslos, enfundados en unos ajustados pantalones vaqueros.

A pesar de haber llegado hacía ya cuatro días, aquella era la tercera vez que veía a Jamal, ya que tal y como le había dicho el primer día, su intención había sido dormir todo lo que pudiera. Aparte de levantarse ocasionalmente para comer algo, Delaney había permanecido en su habitación durmiendo.

Excepto en la ocasión en que él le había despertado, haciendo un ruido insoportable justo debajo de su dormitorio; Delaney se había levantado de la cama para ver que estaba ocurriendo y desde la ventana vio practicando algún tipo de arte marcial. Llevaba una sudadera y unos ajustados pantalones cortos, satinados. Delaney lo había observado fascinada mientras él hacía una serie de ejercicios: admiró su vitalidad, disciplina, fuerza y su cuerpo, que se mostraba virilmente fuete. Se había quedado anclada junto a la ventana durante un largo rato sin que él percibiera su presencia. Finalmente se dio cuenta de que si no dejaba de mirarlo, acabaría con una sobrecarga de deseo en el cuerpo, y volvió a la cama.

–¡Maldita sea!

La exclamación de Jamal captó su atención y la devolvió al presente. No pudo evitar sonreír, por bien que dominara el idioma, una maldición dicha por él no sonaba igual que si la dijera una persona nativa.

Delaney se acercó a la mesa y miro hacia abajo.

–¿Necesitas ayuda? –ofreció ella.

En un primer momento, Jamal se que quedó quieto, obviamente sorprendido por su presencia.

–No. Puedo arreglármelas –contestó él secamente.

–¿Estás seguro?

–¡Sí! –espetó el.

–De acuerdo –replicó ella.

Delaney se dio la vuelta y se dirigió hacia el armario de la cocina y sacó un bol para los cereales. No se dio cuenta de que él había salido de debajo de la mesa y se había puesto de pie.

–¿Qué te ha hecho levantarte esta mañana? –preguntó Jamal, mientras arrojaba las herramientas a la caja.

–Que tengo hambre.

Delaney echó cereales y leche al bol y al ver que la mesa de la

cocina no estaba disponible tomó una cuchara y se marchó al porche.

Aunque aún era temprano, ya hacia calor. Delaney sabía que la temperatura aumentaría a lo largo del día; afortunadamente, la cabaña tenía aire acondicionado. Los veranos de Carolina del Norte eran tan calurosos que daban ganas de andar desnuda durante el día. Mientras se sentaba en las escaleras de porche, suspiró, con Jamal en la misma cabaña, andar desnuda no era una opción.

Apenas había comenzado a desayunar, cuando la puerta de la cabaña se abrió y todos sus instintos se pusieron alerta al saber que Jamal estaba detrás de ella, a escasa distancia. Con el rabillo del ojo, vio que él se apoyaba sobre la barandilla del porche, con una taza de café en la mano.

— ¿Ya te has dado por vencido como chapuzas, «majestad»? — preguntó ella, sarcásticamente.

Jamal pensó que no se dejaría intimidar por su tono de voz.

—Por ahora sí, pero tengo intención de arreglar la mesa antes de marcharme. No quiero dejar nada roto.

Delaney lo miró de reojo y enseguida deseó no haberlo hecho. Parecía que su morena y sorprendente cara brillaba bajo la luz del sol, y si cuatro días antes había pensado que su belleza era única y su atuendo estaba fuera de lugar, aquella mañana Jamal le había dado la vuelta a la tortilla por completo. Descamisado, sin afeitar y con vaqueros, tenía un aspecto salvaje. Ya no parecía un lobo con piel de cordero. Parecía un verdadero lobo, salvaje y en busca de presa. Si le diera la oportunidad, pensó Delaney, probablemente se la comería viva y después se relamería.

No había nada en su aspecto que delatara que estaba emparentado con la realeza o que fuera un príncipe o un jeque. En vez de eso, lo que vio fue a un hombre atractivo, con un musculoso cuerpo que emanaba auténtica virilidad.

Jamal bebió su café y Delaney aprovechó para continuar observándolo sin que él se diera cuenta. Como estaba de pie, podía verlo de frente: los pantalones vaqueros eran ajustados y parecían hechos a medida, cosa que era probable ya que se podía permitir un sastre privado. Pensó que aunque no lo hubiera visto practicando *kickboxing*, resultaba obvio que se mantenía en forma, ya que sus hombros eran anchos y musculosos, y tenía una cintura esbelta y las caderas estrechas.

Delaney se imaginó quitándole los pantalones y rodeando su cintura con las piernas, acariciando su torso desnudo con la mano; deseaba comprobar por sí misma si sus músculos estaban tan duros como parecían. De repente, su corazón se aceleró; no podía creer que estuviera pensando aquellas cosas, realmente empezaba a perder los papeles. Nunca le había sucedido nada igual. De hecho, no podía

pensar en un solo hombre que la hubiera hecho sentir tanto... deseo.

No queriendo continuar pensando en su vida sexual, o en la ausencia de ella, intentó recordar la pregunta que había pretendido hacerle a Jamal unos minutos antes.

— ¿Qué le ocurre a la mesa?

Jamal levantó la cabeza y la miró como si fuera tonta.

—Está rota.

Delaney lo miró furiosa.

—Eso resulta obvio. ¿Pero qué le ocurre? Jamal se encogió de hombros.

—No lo sé. Está coja.

— ¿Eso es todo?

—Las mesas no deben estar cojas, Delaney.

«Y yo no debería excitarme por la forma en que has dicho mi nombre», se dijo ella, y volvió su atención de nuevo al desayuno. Aquella era la primera vez que la llamaba por su nombre y su cuerpo pareció reaccionar intensamente a su tono de voz, profundo y ronco.

Delaney mantuvo la mirada fija en los cereales que estaba comiendo. Lo último que necesitaba era una complicación en su vida, y un romance con Jamal desde luego sería una gran complicación. No dudaba de que era un maestro de la seducción, pero ella era lo suficiente mente lista para darse cuenta de que él estaba totalmente fuera de su alcance.

Se sintió satisfecha de tener, aún, el control de sus emociones y sonrió para sí misma mientras terminaba de desayunar.

Jamal suspiró e intentó controlar el deseo que recorría su cuerpo. Durante el tiempo que habían durado las negociaciones en las que había intervenido en representación de su país, se había mantenido célibe, olvidándose de su cuerpo para liberar su mente y poder concentrarse. Pero las negociaciones habían terminado y su cuerpo le estaba recordando que tenía unas necesidades.

Se reprendió a sí mismo por aquella muestra de debilidad e intentó ignorar las necesidades sexuales que lo dominaban. Si hubiera regresado a casa después de la boda de Philip, en vez de aceptar la oferta de su amigo, no estaría pasando por aquel tormento.

En Tahran, no tenía ningún problema para tener relaciones con mujeres. Algunas pensaban que era un privilegio, además de un honor, satisfacer las necesidades de su príncipe. Además, siempre estaba Najeen, la mujer que había sido su amante durante los últimos tres años. Era una mujer que estaba dedicada solo a satisfacerlo a él. Y lo hacía muy bien.

Pero nunca había ansiado el cuerpo de una mujer hasta aquel momento.

—Háblame de tu tierra, Jamal.

Jamal enarcó una ceja, sorprendido por la petición de Delaney y desvió la mirada de su taza, hacia ella. Su rostro, de color miel, brillaba bajo la luz del sol, haciéndolo parecer radiante. No llevaba maquillaje, por lo que su belleza era natural, impresionante.

Jamal tragó saliva e intentó ignorar de nuevo la urgente necesidad que sentía, el deseo que lo invadía.

— ¿Qué quieres saber?

Delaney dejó el tazón a un lado y se echó hacia atrás, apoyándose sobre las manos mientras lo miraba.

—Lo que quieras contarme. Debe de ser un lugar muy interesante.

Jamal serio al notar la curiosidad en su voz y desvió la mirada unos instantes antes de comen zar a hablar.

—Interesante... —comenzó a decir—,... y muy bonita.

Delaney no podía saber que se acababa de referir a su tierra... además de a ella.

—¿Tus padres aún viven? —preguntó ella después de que él le describiera su país.

Jamal bebió un poco de café antes de continuar.

—Mi madre murió cuando yo nací, y durante muchos años, mi padre y yo vivimos solos con nuestros sirvientes. Después, Fatimah entró en nuestras vidas.

— ¿Quien es Fatimah?

—Es mi madrastra. Se casó con mi padre cuando yo tenía doce años.

Jamal prefirió omitir que el matrimonio de sus padres había sido acordado por sus respectivas familias para traer la paz entre dos naciones en guerra. Su madre había sido una princesa afgana de descendencia bereber, y su padre, un príncipe árabe. Entre ellos no hubo amor, solo deber, y él había sido el único hijo de aquella unión. Cuando su padre llevó a Fatimah a casa, sus vidas cambiaron. El matrimonio de su padre con aquella mujer debería haber sido igual que el primero, por deber y no por amor. Pero en palacio, todos se dieron cuenta desde el primer momento, que la guapa egipcia de veintidós años tenía otros planes para su mando, de cuarenta y seis. Resultó obvio que Fatimah hacía algo más que satisfacer las necesidades físicas y llenar la soledad del rey Yasir. Su rey había vuelto a sonreír y era feliz. El rey Yasir dejó de solicitar otras mujeres, dejando aquella tarea exclusivamente a su esposa. Al año de su matrimonio, tuvieron una hija a la que llamaron Arielle, y tres años más tarde nació Johari, su segunda hija.

Jamal adoraba a su madrastra. Durante su adolescencia, ella había intercedido ante su padre por él, en temas que para Jamal habían sido de suma importancia.

— ¿Os lleváis bien?

La pregunta de Delaney invadió sus pensamientos.

—Sí. Fatimah y yo estamos muy unidos.

Delaney lo miró fijamente. Por alguna razón, le costaba creer que Jamal estuviera muy unido a nadie.

— ¿Tienes hermanos? —le preguntó.

—Sí. Dos hermanas, Arielle y Johari. Arielle tiene diecinueve años y está casada con el jeque de un país vecino. Johari tiene dieciséis años y acaba de terminar sus estudios en Tahran; quiere venir a América a completarlos.

— ¿Y lo hará?

Jamal la miró como si se hubiera vuelto loca.

— ¡Por supuesto que no!

Delaney lo miró estupefacta, preguntándose qué tendría Jamal en contra de que su hermana estudiara en América.

— ¿Y por qué no? Tú lo has hecho.

Jamal apretó los dientes.

— Sí. Pero mi situación es diferente.

Delaney enarcó una ceja.

— ¿En qué sentido?

—Yo soy un hombre.

— ¿Y qué?

—Obviamente en este país no significa nada. He visto más veces de las que me hubiera gustado cómo los hombres ceden el control a las mujeres.

Delaney entrecerró los ojos.

— ¿Te parece que la igualdad de derechos es ceder el control?

—En cierta manera. Los hombres deberían cuidar de las mujeres, pero en tu país, cada vez más mujeres se educan para cuidar de sí mis mas.

— ¿Y eso te parece mal?

Jamal la miró y recordó su bravura el día en que se conocieron. Lo último que quería era enfrascarse en una discusión con ella. El tenía sus creencias y ella las suyas. Pero ya que le había preguntado su opinión, se la daría.

—Lo veo como algo que no se toleraría en mi país.

Lo que no añadió fue que una mujer, tal y como había hecho su madrastra en muchas ocasiones, podía adueñarse del corazón de su marido hasta el punto de que él le daría la luna si ella se lo pidiera.

Jamal bebió su café y decidió cambiar de tema.

—Háblame de tu familia —le dijo, pensando que aquel sería u tema más seguro.

Pero se dio cuenta de que no era así cuando vio la furiosa mirada en los ojos de Delaney.

—Mi familia vive en Atlanta. Tengo cinco hermanos y yo soy la

pequeña. Durante mucho tiempo mis hermanos pensaron que yo necesitaba protección y amenazaban a cualquier chico que se me acercara. Cuando cumplí los dieciocho, aún no había tenido una cita, así que tuve que pararles los pies. Me convertí en la malvada hermana pequeña y en poco tiempo dejaron de meterse en mis asuntos.

Jamal movió la cabeza y se compadeció de los hermanos de Delaney.

— ¿Alguno de tus hermanos está casado?

Delaney lo miró divertida.

— Se divierten demasiado estando solteros.

— ¿Y tus padres aún viven?

—Sí. Llevan juntos más de treinta y siete años y aún son felices juntos. Sin embargo, mi madre siempre vivió según la filosofía de mi padre, que era la de quedarse en casa criando a sus hijos. Pero cuando yo me marché, se encontró con mucho tiempo libre entre manos y decidió volver a estudiar —le explicó—. A papá no le gustó demasiado la idea, pero aceptó, pensando que solo le duraría unos meses. Me enorgullece decir que hace tres años se licenció en Magisterio.

Jamal dejó su taza a un lado.

—Por alguna razón, tengo la sensación de que tú tuviste mucho que ver en aquella decisión.

Delaney se río.

—Por supuesto. Siempre supe que mi madre tenía una mente brillante y que la estaba desperdiciando en cuidar del hogar y de los hijos. ¿Por qué tienen que tener los hombres todas las ventajas mientras las mujeres se quedan en casa?

Jamal movió la cabeza. Esperaba que Delaney Westmoreland nunca tuviera ocasión de visitar su país durante un período largo de tiempo, de lo contrario provocaría una revolución con aquella forma de pensar.

Jamal se estiró, estaba cansado de aquella conversación. Resultaba evidente que Delaney había recibido demasiada libertad a lo largo de su vida. Lo que necesitaba era el control de un hombre.

Y lo que él necesitaba era que le examinaran la cabeza.

Estaba inhalando el femenino aroma de Delaney, que lo estaba volviendo loco y por la forma en que estaba sentada, dejaba al descubierto la parte inferior de sus muslos, que el pantalón, muy corto, no podía tapar.

— ¿Hay mujeres médicos en tu país?

Jamal la miró al oír la pregunta. Estaba reto mando la conversación que él mismo había decidido zanjar.

—Sí. Tenemos matronas.

— ¿Eso es todo? —preguntó ella.

—Sí —contestó Jamal, después de pensarlo.

Delaney lo miró furiosa y apretó los labios.

—Tu país es peor de lo que pensaba.

—Eso es lo que tú piensas. Pero mi gente es feliz.

—¡Que triste que pienses eso! —exclamó Delaney moviendo la cabeza.

Jamal frunció el ceño, sintiéndose extrañamente enfadado. Si le hubiera dado la oportunidad, le habría contado que gracias a Fatimah, una mujer con un alto nivel cultural, las cosas habían comenzado a cambiar. Las mujeres en su país recibían apoyo para continuar con sus estudios y habían construido nuevas universidades al efecto. Y si así lo deseaban, podían trabajar fuera de casa.

Jamal se apartó de la barandilla. Era su hora de practicar *kickboxing*, pero antes necesitaba dar un paseo para aliviar la irritación que nublaba su mente y la creciente excitación que barría su cuerpo.

—Voy a dar un paseo por el lago. Hasta luego.

Delaney se apartó para dejarlo bajar por las escaleras y sintió la tentación de decirle que se tomara su tiempo en volver. Lo observó mientras se alejaba, fijándose en cómo los pantalones se estrechaban contra su trasero. No había nada como un hombre con un buen trasero.

Delaney se puso de pie y se estiró. Aquella mañana había pensado en explorar los alrededores de la cabaña y más tarde s echaría una siesta; aparte de relajarse, aquello la ayudaría a no pasar tanto tiempo con Jamal.

Jamal no paró de caminar aun después de haber dejado atrás el lago; tenía intención de des cargar toda la frustración sexual que pudiera. Andando.

Se detuvo a observar el paisaje que rodeaba la cabaña. Desde aquel punto, las vistas eran espectaculares, aquella era la primera vez que había salido a caminar desde que había llegado.

Su mente volvió a Delaney y se preguntó si habría visto el paisaje desde aquel mismo punto y si le parecería tan espectacular como a él, pero dudó que hubiera visto nada ya que rara vez abandonaba su habitación por mucho tiempo.

Al escuchar el sonido de su teléfono móvil, Jamal se apoyó contra un árbol y contestó.

—Hola, Asalum. ¿Qué ocurre?

—Solo quería asegurarme de que Su Majestad está bien y no necesita nada.

—Estoy bien, pero he recibido una visita inesperada.

— ¿Quién es?

Jamal sabía que Asalum se ponía inmediata mente en alerta. Además de ser su secretario personal, había sido su guardaespaldas hasta que cumplió los dieciocho años, así que le habló de Delaney.

—Si te resulta un estorbo, quizá pueda con vencerla para que se marche.

Jamal suspiró.

—No será necesario, Asalum. De todos modos, lo único que hace es dormir y descansar. Ha estado estudiando para los exámenes finales. Hace poco que se ha licenciado en Medicina.

—Debe de ser una mujer débil si estudiar le cansa tanto.

Por alguna razón, Jamal sintió la necesidad de defenderla.

—No es una mujer débil, sino todo lo contrario, es muy fuerte, sobre todo en sus convicciones.

—Parece la típica mujer occidental.

Jamal se pasó una mano por la cara.

—Lo es. En todos los sentidos. Y es muy guapa, Asalum.

—Cuidado con la tentación, Majestad —dijo Asalum después de un corto silencio.

Jamal pensó en todo lo que había estado sin tiendo desde que Delaney llegara a la cabaña.

—Es demasiado tarde, Asalum. Ya no se trata de tentación.

— ¿De qué entonces?

—De obsesión.

Capítulo Tres

A la semana de estar en la cabaña, Delaney terminó de deshacer el equipaje y de guardar sus cosas.

Cruzó los brazos sobre el pecho y se acercó a la ventana; disfrutaba despertarse cada mañana a las maravillosas vistas que tenía hacia el lago.

Sentía que una serie de pensamientos y emociones invadían su cabeza, y lo primero era Jamal. Tenía que dejar de pensar en él. Desde la conversación que tuvieron unos pocos días antes, no había podido evitar pensar en él, de manera que había decidido evitarlo.

Sintió que se enfurecía ligeramente; en el pasado había sido capaz de controlar sus pensamientos y concentrarse en una sola cosa y así había podido dedicar toda su atención a la carrera. Pero en aquel momento que ya había terminado los estudios, parecía que su cabeza había cobrado vida propia y no podía dejar de pensar en él. Y eran pensamientos caprichosos, íntimos y eróticos. Aunque aquello no la sor prendía, ya que Jamal era la clase de hombre que provocaría aquellos pensamientos en cualquier mujer, pero la molestaba no tener más control sobre sí misma.

Aunque hubiera terminado la carrera, aún le quedaban dos años como médico residente, y una relación íntima con un hombre debería ser lo último en su cabeza. Pero no lo era. Y por eso estaba resentida, de mal humor y excitada.

Decidió dar un paseo para tranquilizarse, aunque en realidad sabía que aquello no la ayudaría. Justo cuando salía de la habitación se chocó con el hombre que había estado dominando sus pensamientos.

Jamal la sujetó por los hombros para que no se cayera y Delaney se sobresalió al darse cuenta de que tenía el torso desnudo. Los oscuros ojos del príncipe penetraron en los suyos haciendo que le temblasen las rodillas, y su deseo se intensificó y se le aceleró la respiración cuando la mano de él pasó de su hombro a su cuello y comenzó a acariciarla suavemente con los dedos. La magnitud de las sensaciones que invadían su cuerpo apenas la dejaban respirar; la química entre ellos era intensa y con una gran carga sexual, y alteraba todos sus sentidos.

El sonido de un trueno en la distancia los sobresaltó. Lentamente, Jamal la solió y dejó caer las manos a los lados.

—Lo siento –dijo él.

Jamal habló en un profundo susurro que sacudió todos los nervios del cuerpo de Delaney y que acabó llegando a cada rincón de su cuerpo. Por la mirada de sus ojos, Delaney se dio cuenta de que él sentía lo mismo y de que era tan consciente como ella de la tensión

sexual entre ellos.

—No te preocupes. Era yo la que no miraba por donde iba —se disculpó ella suavemente.

Delaney inspiró profundamente para tranquilizarse. Vio cómo Jamal la recorría con la mi rada y aunque llevaba unos pantalones cortos y una camiseta, se sintió desnuda. Más tensa que relajada. Y más excitada que nunca.

— ¿Delaney?

Al oír su nombre pronunciado de manera tan sensual, Delaney clavó la mirada en sus ojos y él comenzó a acercarse a ella lentamente. Sintió su cálida respiración contra su cuello y respondió suavemente, en un susurro.

— ¿Si?

—Va a llover —dijo él con la voz ronca.

Delaney vio que sus ojos se oscurecían por el deseo.

—Eso parece —consiguió decir ella.

Se humedeció los labios lentamente, ya no era consciente de lo que le rodeaba y apenas oía las gotas de lluvia que empezaban a caer sobre el tejado. Tampoco sintió el aire frío y húmedo que repentinamente llenó la habitación.

Todos sus pensamientos y su concentración estaban puestos en la imponente figura que tenía delante, y no se resistió cuando él empezó a acercarse.

«Deja que te bese», dijo una voz en su interior. «Sáciate y así los dos podréis dejar de actuar como animales en celo. Un solo beso».

Un fuerte deseo se apoderó de Delaney, y un escalofrío de pasión le recorrió la espalda. Aquello era lo que necesitaba para recuperar el sentido común. La atracción sexual entre hombres y mujeres era algo saludable y normal. Nunca antes había tenido tiempo para deleitarse en ello, pero en aquel momento estaba preparada y con Jamal, su abandono al placer era inevitable.

Aquel fue su último pensamiento antes de que Jamal cubriera su boca con la suya.

Jamal la besó sabiamente y con desesperación al mismo tiempo. La necesidad de saborearla era fundamental para él. Sin descanso, su lengua exploró la boca de Delaney, saboreándola y acariciándola, para pasar a devorarla. Y cuando aquello no fue suficiente, empezó a absorberla hacia él con cada suspiro.

Pasó la mano por detrás de su cabeza para sujetarla. Pensaba que sería imposible saciarse, pero lo intentaría de todos modos. Había llegado a un punto donde estaba dispuesto a morir intentándolo.

A lo largo de su vida había besado a muchas mujeres, pero nunca había sentido la necesidad de, literalmente, comérselas vivas. Ninguna mujer lo había llevado hasta el límite.

Jamal había crecido en un ambiente que aceptaba el sexo y la intimidad por lo que eran: un placer y una parte normal y saludable de la vida.

Pero algo dentro de él le decía que no había nada de normal e todo aquello. Cómo podía ser normal querer acariciar eternamente la lengua de una mujer para saborear algo que empezaba a desear con locura?

Jamal se estrechó contra ella, quería que lo sintiera y que supiera lo mucho que la deseaba; quería que supiera que quería algo más que un beso. Lo quería todo.

Y pretendía conseguirlo.

Los dedos de Jamal eran insistentes mientras se movían por su cuerpo para estrecharla contra sí y su cuerpo se endureció al sentir sus duros pezones contra su torso desnudo. El contacto era estimulante, caliente y excitante.

Y lo estaba volviendo loco.

Sintió que su entrepierna se endurecía y la sujetó de las caderas con firmeza; necesitaba que sintiera su excitación en toda su extensión. Supo que ella se había dado cuenta cuando comenzó a enredar los dedos entre su pelo y a estrecharse contra él aún más, mientras él continuaba devorándola.

Unos instantes más tarde, otro fuerte trueno los apartó. Delaney se sobresaltó de tal manera que casi se ahogó. Se agachó para tomar aire y unos segundos después, cuando levantó la vista y se encontró con la acalorada mirada de Jamal, sintió que su cuerpo volvía a reaccionar.

Un beso no había bastado para saciarse y aquel pensamiento la hizo darse cuenta de que a no ser que se apartara de él, no habría vuelta atrás. Ya sentía que comenzaba a ceder y a dejarse llevar por él.

Delaney se echó hacia atrás y él se acercó hacia ella, arrinconándola contra la pared.

—No deberíamos haber hecho eso —dijo ella suavemente, aunque sin convicción.

Jamal por su parte se alegraba de que lo hubieran hecho y quería repetirlo.

—Hace ya una semana que llegaste. Antes o después nos habríamos besado —dijo él con la voz ronca.

Su cuerpo aún irradiaba deseo, aunque ya no se tocaban.

— ¿Por qué? —preguntó ella.

Cuando vio la forma en que sus ojos se oscurecían, una parte de ella deseó no habérselo preguntado. La estaba mirando de una manera que hacía que ciertas partes de su cuerpo se acaloraran, y en aquel momento no estaba segura de poder soportar tanta excitación.

—Porque nos deseamos y queremos hacer el amor —contestó él sin más.

Aunque aquellas palabras sonaron bruscas incluso a sus oídos, era la

verdad y cuando se trataba de satisfacer su cuerpo, Jamal creía en la sinceridad. En su país aquellas cosas eran sabidas y aceptadas por todos.

El cuerpo de Delaney tembló al oír aquello, hacía parecer que el sexo era algo sencillo y natural. Pensó en todos los hombres con los que había salido; nunca había sentido el deseo de acostarse con ninguno.

Pero Jamal tenía razón, en aquel momento se sentía tentada, aunque una parte de ella lo rechazó.

—No soy la clase de mujer que se mete en la cama con cualquier hombre —dijo ella suave mente.

Tenía que hacerle saber cuál era su postura en aquel tema, y no podía dejar que se diera cuenta de que por primera vez, se estaba replanteando sus convicciones.

—No tiene por qué ser en la cama si no quieres. Podemos echarnos sobre la mesa, o el sofá, o el suelo. Tú escoges. Yo estoy más que listo.

Delaney bajó la mirada y al ver la erección que se marcaba bajo sus pantalones, se dio cuenta de que hablaba totalmente en serio y que no la había entendido.

—Lo que quiero decir es que no me acuesto con un hombre solo por diversión.

Jamal asintió.

— ¿Y por placer? ¿Te acostarías con un hombre por el placer que te proporcionaría?

Delaney lo miró incrédula. ¿Mantener relaciones sexuales solo por placer? Sabía que sus hermanos lo hacían continuamente. Ellos eran expertos. Ninguno tenía intención de casarse, y sin embargo compraban tantos preservativos a lo largo del año que podrían montar su propio negocio.

—Nunca había pensado en ello —contestó sinceramente—. Cuando pienso en que alguien está caliente, suelo pensar en hombres, más que en mujeres.

— ¿Caliente?

Delaney movió la cabeza y pensó que probablemente no estaba familiarizado con aquel vulgarismo.

—Sí. Cuando alguien está caliente significa que está deseando hacer el amor.

Jamal se inclinó hacia su boca.

—En ese caso, estoy «caliente» —murmuró él—.Y quiero ponerte caliente a ti.

—Eso no es posible —susurró ella, apenas capaz de respirar.

Jamal sonrió.

—Sí lo es.

Y antes de que Delaney pudiera decir nada, Jamal le acarició el muslo con una mano al tiempo que su lengua acariciaba sus labios para

lentamente, adentrarse en su boca. Una vez dentro, comenzó a acariciarle la lengua como si tuviera todo el tiempo del mundo para hacerlo.

El cuerpo de Delaney se estremeció cuando sintió que los dedos de Jamal estaban sobre la cremallera de sus pantalones. Parte de ella quería apartarlo, pero otra parte estaba invadida por la curiosidad; la parte de ella que comenzaba a acalorarse de nuevo y deseaba sentir su tacto. Quería saber hasta dónde llegaría él.

Delaney contuvo la respiración mientras él bajaba la cremallera lenta y deliberadamente, a lo cual no opuso resistencia. Se dio cuenta de que la respiración de Jamal comenzaba a ser tan pesada como la suya y aquello la excitó aún más.

Entonces, Jamal metió la mano dentro de sus pantalones, tocándola con habilidad por en cima de la suave tela de sus bragas. La tocó en un sitio en que ningún hombre la había tocado antes, y con aquella íntima caricia, todas las células de su cuerpo se incendiaron. Comenzó a acariciarla lentamente, lánguidamente, poniéndola caliente. Tal y como había dicho que haría.

Nunca había experimentado algo tan turbador, tan increíblemente seductor; mientras una de las manos de Jamal apartaba sus muslos, su dedo centraba toda su atención en aquel lugar tan sensible y estimulado que había entre sus piernas, mientras su lengua continuaba acariciando la suya.

La combinación de sus dedos y su lengua fue demasiado para ella. Se sintió desfallecer y escandalizada. El placer que él le proporcionaba era muy intenso.

En aquel momento, otro trueno, lo suficientemente fuerte para sacudir la cabaña, sacó a Delaney de su aturdimiento sexual y la devolvió a la realidad; apartó a Jamal e inspiró profunda mente. Se recostó contra la pared, incapaz de creer lo que acababa de ocurrir entre ellos, lo que le había permitido hacer y las libertades que le había dado.

Había sido arcilla entre sus manos.

Una mujer completamente diferente entre sus dedos.

Agradeció el trueno que la había salvado, en el último momento, de hacer el ridículo. Tal y como había pensado, Jamal era todo un maestro de la seducción. Había sabido cómo besarla y dónde tocarla para debilitarla lo suficiente para que ella se dejara llevar. Y no estaba dispuesta a dejar que volviera a suceder.

Se obligó a mirarlo, sabiendo que trataba con un hombre que probablemente estaba acostumbrado a conseguir lo que quería, cuando lo que ría. Lo único que tenía que hacer era chasquear los dedos cada vez que necesitara saciarse sexual mente.

¿Acaso pensaba que podía hacer lo mismo con ella mientras

estuviera en América? Aquel pensamiento la enfureció; ella, no era parte de su harén y no tenía intención de estar disponible para él.

Delaney estaba furiosa consigo misma por dejarle hacer con ella lo que quisiera y lo miró iracunda.

—Voy a darme una ducha fría, y te sugiero que hagas lo mismo.

Por un instante, Jamal no dijo nada, pero después sonrió ampliamente.

—Eso no ayudará, Delaney.

— ¿Por qué no? —espetó ella, negándose a admitir que probablemente tenía razón.

—Porque conozco tu sabor y tú el mío. Cuando tengas hambre, querrás comer, y cuando eso ocurra, yo te alimentaré hasta que tu cuerpo esté saciado. Te proporcionaré todo el alimento sexual que necesites.

Y sin esperar a que ella contestara, se dio la vuelta y se marchó.

Tras caminar de un lado a otro de su habitación durante lo que le pareció una eternidad, Delaney se sentó en el borde de la cama. No recordaba haber estado tan irritada en su vida, tan frustrada... tan furiosa.

—Me sentiré mejor en cuanto pueda pensar con claridad —se dijo en voz alta.

Se puso de pie y comenzó a caminar de nuevo. ¿Cómo podía un hombre incendiar un cuerpo de aquella manera? Aún sentía que el fuego la consumía.

Lo único que tenía que hacer era cerrar los ojos y podía sentir su lengua dentro de su boca, el roce de sus manos.., sus dedos sobre su piel. Y aún podía sentir su dureza contra su vientre.

Un quejido escapó de sus labios. Tenía que salir de la cabaña y pasear, pero el problema era que estaba lloviendo.

Se llevó un dedo a los labios y pensó que un paseo bajo la lluvia no borraría el recuerdo del beso de Jamal.

Se preguntó qué estaría haciendo Jamal en aquellos momentos. ¿Se sentiría igual de atormentado que ella?

Suspiró y pensó que tenía que mantenerse firme y continuar evitando a Jamal a toda costa.

Capítulo Cuatro

— ¿Vas a alguna parte?

Delaney se detuvo a mitad de camino hacia la puerta de la cabaña. Deseó haberse asegurado de que Jamal estaba durmiendo antes de salir a comprar. Después de su último encuentro, Delaney lo había evitado quedándose en su habitación la mayor parte del tiempo.

Pero ya no soportaba estar encerrada en la habitación por más tiempo. El deseo, que fluía por su cuerpo como el vino, le hacía sentir cosas que nunca había sentido, y se encontraba intranquila y nerviosa.

Durante los últimos dos días, la lluvia los había mantenido a los dos dentro de la cabaña; cuando ella tenía hambre, salía a la cocina y se lo encontraba sentado a la mesa, escribiendo cosas en un papel. Su oscura mirada la atravesaba, cortándole la respiración y aunque no decía nada, Delaney sabía que la observaba sin descanso mientras ella estaba cerca. Como un lobo que estudiaba su presa.

Suspiró mientras recorría a Jamal con la mi rada. Estaba vestido con un pijama de seda blanco, y el primer pensamiento que cruzó la cabeza de Delaney fue que había visto a sus hermanos con pijama en muchas ocasiones, pero ninguno había tenido el aspecto de Jamal. Además, llevaba el kaffiyeh blanco en la cabeza. A la luz de la luna, era el prototipo de príncipe alto, moreno y guapo.

Inspiró profundamente e hizo acopio de fuerzas para mantener el control sobre sí misma, sobre todo al recordar el beso que habían compartido; un beso que le cortaba la respiración solo con recordarlo. Y para empeorar la situación, se había empezado a fijar en cosas que antes ni siquiera había visto: como lo perfectas que eran sus manos; los dedos largos, hábiles y fuertes; dedos que la habían sujetado con cariño mientras la besaba; dedos que habían acariciado su mejilla, que habían dibujado el con torno de sus labios y que la habían tocado en el lugar más íntimo. También se había fijado en sus cejas: eran espesas, oscuras, y junto con sus ojos, formaban una mortal combinación.

—Delaney, te he preguntado si vas a alguna parte —dijo Jamal.

Delaney tragó saliva y lo miró, pero cuando él fijó su oscura y penetrante mirada en ella, se quedó clavada en el sitio.

—Voy a la tienda —respondió ella finalmente—. Tengo que comprar algunas cosas.

— ¿A estas horas de la noche?

Delaney vio que fruncía el ceño y ella hizo lo mismo.

—Pues sí. ¿Te molesta?

Por un momento, ambos se miraron fija mente, retándose. Delaney no iba a ceder y él tampoco. A su forma de pensar, él le recordaba a sus

hermanos en sus intentos de sobreprotección y aquello era lo último que toleraría.

—No. No me molesta. Solo me preocupaba por ti —dijo él—. No es seguro que una mujer salga sola a estas horas de la noche.

El tranquilo tono de su voz la afectó más de lo que le hubiera gustado, y la forma en que la miraba no ayudaba. Intencionadamente o no, estaba encendiendo sentimientos que última mente había comenzado a sentir; sentimientos que había intentado obviar quedándose en su cuarto. Pero en aquel momento sintió cómo la sangre le corría por las venas y notó cómo la respiración se aceleraba.

—Estoy acostumbrada a vivir sola, Jamal —con testó ella finalmente—. Y sé cuidar de mí misma. Debido a mis hábitos de estudio, suelo ir a comprar por la noche, en vez de por el día.

Jamal asintió.

— ¿Te importa que te acompañe? Yo también necesito comprar algunas cosas.

Delaney entrecerró los ojos y se preguntó si realmente necesitaba comprar cosas o si lo es taba utilizando como excusa para acompañarla. Si era aquello último, no lo aceptaría.

—Si yo no estuviera aquí, ¿cómo te las arreglarías para conseguir las cosas que necesitas?

Jamal se encogió de hombros.

—Habría telefoneado a Asalum, y aunque él estaría más que contento de ir a comprar por mí, prefiero hacer las cosas por mí mismo. Además, es más de medianoche y necesita descansar.

Delaney se alegró de oír que al menos era considerado con las personas que trabajaban para él.

—Supongo que no pasará nada porque me acompañes —dijo ella, asintiendo lentamente.

Jamal se rio. Fue un sonido profundo y ronco que acaloró a Delaney que lo miró de reojo.

— ¿Qué es tan divertido?

—Haces que parezca toda una odisea pasar tiempo conmigo.

Delaney suspiró y apartó la mirada. Y eso que él no sabía ni la mitad. Unos minutos más tarde, Delaney volvió de nuevo su atención a Jamal.

—Eso es principalmente porque había pensado que estaría aquí sola durante las próximas semanas.

Jamal sonrió repentinamente, tomándola por sorpresa, lo que mitigó parte de su irritación.

—Yo también —dijo Jamal con la voz ronca, mientras cruzaba la habitación para ponerse delante de ella—. Pero ya que no estamos solos y fue decisión tuya quedarte, ¿no crees que deberíamos dejar de evitarnos y sacar el máximo provecho a esta situación?

Delaney luchó contra la reacción de su cuerpo a la cercanía de Jamal, pero no era fácil.

—Supongo que podemos intentarlo.

— ¿Qué podemos perder?

— ¿Has conseguido todo lo que necesitabas?—preguntó Delaney mientras volvían al coche. En cuanto entraron en el supermercado veinticuatro horas, Jamal desapareció.

—Sí. ¿Y tú?

—Sí. Incluso he comprado algunas cosas en las que no había pensado.

Delaney pensó en la novela romántica que se había comprado. No recordaba la última vez que había leído un libro por placer.

El camino de vuelta a la cabaña comenzó en silencio. Delaney mantuvo los ojos en la carretera pero sentía la mirada de Jamal sobre ella.

— ¿Qué clase de médico eres? —preguntó Jamal después de un rato.

Aquella pregunta hizo sonreír a Delaney. Le gustaba hablar de su profesión y estaba orgullosa del hecho de que era el único médico de la familia Westmoreland.

—Seré pediatra, pero primero tengo que completar dos años como médico residente.

— ¿Te gusta trabajar con niños?

—No solo me gusta trabajar con ellos, sino que me encantan.

—A mí también.

A Delaney la sorprendió aquel comentario.

— ¿De verdad?

La mayoría de los hombres no admitirían ese hecho, especialmente si eran solteros.

—Sí. Tengo ganas de casarme y formar una familia.

Delaney asintió.

—Yo también. Quiero tener muchos.

Jamal se rio y la miró intrigado.

— ¿Cuántos son muchos?

—Por lo menos seis —dijo Delaney sin pensar.

Jamal sonrió y pensó que era increíble que los dos quisieran la misma cantidad de hijos.

— ¿No son muchos?

Delaney sonrió. Aquello era lo que sus hermanos le decían siempre. Estaban convencidos de que le resultaría difícil encontrar a un hombre que quisiera tener tantos hijos.

—Un número par para mantenerme feliz y contenta.

Cuando el coche se detuvo ante un semáforo, Jamal miró a Delaney de reojo. Era demasiado guapa para describirla. Incluso con la cara

limpia de maquillaje y un pañuelo alrededor de la cabeza para sujetar el pelo, era toda una mujer, y muy atrevida.

Los pensamientos de Jamal se desviaron a Najeen. Ella continuaría siendo su amante incluso después de casarse. Aquello se sabía y se aceptaba; sabía que las mujeres occidentales eran posesivas después del matrimonio y que no tolerarían que su marido tuviera una amante, pero la mayoría de las mujeres americanas pensaban que se casaban por amor. En su país, las personas lo hacían por los beneficios que un matrimonio podía reportar, sobre todo herederos. Y el matrimonio de Jamal no sería distinto. Ya que no creía en el amor, no tenía intención de casarse por amor; sería un matrimonio acordado, ni más ni menos.

Pero no se imaginaba a Delaney conformándose con aquel tipo de acuerdo con ningún hombre. Ella lo querría todo: el amor de un hombre, su devoción y su alma si pudiera conseguirla.

Jamal se encogió interiormente. La sola idea de que cualquier mujer tuviera tanto control sobre un hombre era realmente desconcertante y la posibilidad de que una mujer pudiera exigir una relación así era algo impensable en su país.

— ¿Crees que podrás con una carrera profesional y ser madre a la vez? —preguntó él.

Se preguntó cómo respondería. Las mujeres occidentales eran menos hogareñas; disfrutaban trabajando tanto como el hombre. Jamal sonrió: la mujer con la que se casara solo tendría un trabajo darle hijos. Si quería, podía andar desnuda todo el día; estaría desnuda y embarazada la mayor parte del tiempo.

—Claro —contestó Delaney sonriendo—. Al igual que tú podrás ser padre y príncipe a la vez, yo podré ser médico y madre. Estoy segura de que en ocasiones será un poco caótico, pero tú tendrás éxito y yo también.

Jamal frunció el ceño.

— ¿No crees que tus hijos necesitarán toda tu atención, sobre todo en los primeros años?

Delaney captó el sutil tono de desaprobación en su voz.

—No más que la que tu hijo necesitaría de ti como su padre.

—Pero tú eres una mujer.

Ella sonrió triunfalmente, satisfecha con aquel hecho.

—Sí, y tú eres un hombre. ¿Y qué? No hay nada que demuestre que el papel de una madre es más importante que el de un padre en la vida de un niño. Yo pienso que ambos son importantes. El hombre con el que me case pasará tanto tiempo con nuestros hijos como yo. Dividiremos nuestro tiempo a partes iguales para criarlos.

Jamal pensó en la cantidad de tiempo que su padre había pasado con él mientras había crecido. A Jamal lo había cuidado una sirviente muy respetada, Rebakkah, la esposa de Asalum. Y aunque su padre no

había pasado mucho tiempo con él Jamal siempre supo que su padre lo amaba, después de todo, era su heredero. Y en aquel momento sabía que su relación estaba basada en el respeto; él veía a su padre como un rey sabio que amaba a su gente y que haría cualquier cosa por ellos. Ser el sucesor de su padre algún día sería un trabajo duro y esperaba estar a la altura de su padre cuando llegara el momento.

Delaney era consciente de que Jamal se había quedado callado. Evidentemente le había dado algo en lo que pensar. Cómo se atrevía a pensar que el trabajo de una mujer era exclusivamente el de complacer a su marido en la cama y pro crear! Jamal y su padre, además de su hermano Storm, se llevarían de maravilla.

Delaney miró a Jamal de reojo y se preguntó cómo se había metido en todo aquello, cuando decidió salir a comprar porque no podía dormir le había parecido una buena idea, pero no había contado con que Jamal la acompañaría.

Volvió a mirarlo y vio que él la estaba observando, de manera que centró la atención de nuevo en la carretera. Cuando llegaron a la cabaña, Delaney estaba completamente despierta, así que decidió que tenía que empezar a recortar las horas de sueño durante el día. Por las noches, cuando todo estaba en silencio, su cabeza parecía tener vida propia y no le gustaba el rumbo que estaba tomando.

Rápidamente pasó por al lado de Jamal cuando él abrió la puerta con la intención de dirigirse directamente a su habitación. Lo último que quería en aquel momento era otro encuentro como el que ya habían compartido; aquel hombre era un experto en el arte de besar.

Lo que había predicho era cierto, y ella odiaba tener que admitirlo, pero su cuerpo lo deseaba; comenzaba a sentir un pulso en su vientre y una ola de calor que la invadía.

— ¿Te apetece una raza de café? —preguntó él.

El sonido de su voz, ronco y seductor, como siempre, hacía que sintiera cosas en su interior, y lo último que quería era compartir una taza de café con él. Antes del primer trago estaría abalanzándose sobre él.

—No, gracias. Me voy a acostar.

—Si alguna vez te cansas de dormir sola, recuerda que mi habitación está al otro lado del pasillo.

Delaney apretó los labios.

—Gracias por la oferta, pero no lo tendré en cuenta.

Jamal alargó la mano y le acarició la mejilla. Fue tan rápido que ella no tuvo tiempo ni de pestañear. Su tacto era suave, delicado y cariñoso, y Delaney sintió que su pulso se aceleraba. Jamal se inclinó hacia ella.

— ¿De verdad? —susurró él.

Delaney cerró los ojos y bebió el masculino aroma que desprendía;

el deseo que sentía hacia él amenazaba con ahogarla. Delaney luchó por retomar el control de sí misma y dio un paso hacia atrás mientras abría los ojos.

—Lo siento, «majestad», pero no lo haré.

Dicho aquello, dio media vuelta y se apresuró hacia su habitación, pensando que le había mentido. Lo recordaría.

— ¡Cielos!

Delaney se revolvió en la tumbona. Tenía los ojos pegados al libro y no podía creer lo que es taba leyendo.

Hacía más de ocho años que no leía una no vela romántica, y las que leía entonces eran dulces e inocentes. Pero el libro que tenía entre manos no tenía nada dulce o inocente; las escenas de amor no dejaban lugar a dudas.

Cuando se despertó aquella mañana, y mientras Jamal practicaba *kickboxing*, ella se había sentado a la mesa de la cocina para desayunar. Cuando terminó, Jamal continuaba afuera, así que lo había dejado allí y había buscado un lugar junto al lago para leer.

Delaney inspiró profundamente y volvió su atención de nuevo al libro. Unos minutos más tarde, su corazón latía con rapidez; se preguntó si dos personas realmente podían realizar tantas posturas en una cama.

Delaney se estiro e intento tranquilizarse un poco; aquel libro la había excitado. En su imaginación, el héroe alto y moreno era Jamal y ella la elusiva y sexy heroína.

Se tumbó boca arriba y pensó que ya había leído suficiente; no tenía sentido continuar torturando su cuerpo de aquella manera y antes de que pudiera darse cuenta, se había dormido pensando en un romance con el jeque.

Soñó que la estaba besando de la manera más seductora y provocativa; no en los labios, sino en el cuello y por los hombros. Sintió un ligero tirón en su camiseta, como si la estuvieran levantando para exponer su pecho. Aquella mañana hacía demasiado calor, así que no se había puesto sujetador, en aquel momento, con el roce de la lengua de su amante imaginario sobre sus pechos, saboreándola, mordisqueándola, se alegraba de no haberlo hecho. Sintió una ola de deseo por todo su cuerpo mientras una lengua caliente y húmeda comenzaba a lamer suavemente uno de sus pezones, deleitándose en la erguida punta.

Un nombre, el que le había dado a su amante imaginario, salió de su boca en una especie de gemido. Su cabeza comenzó a dar vueltas y su respiración se aceleró mientras su cuerpo se calentaba; una parte de ella no quería que el sueño terminase pero la otra tenía miedo de continuar. Parecía tan real que sintió que estaba al borde de la locura.

De repente, su amante le bajó la camiseta y se detuvo en sus

acciones. La respiración de Delaney volvió a la normalidad mientras ella luchaba por retomar el control de sus sentidos. Unos minutos más tarde, Delaney abrió los ojos y miró a su alrededor. Estaba sola, pero el sueño había parecido totalmente real. Sus pezones aún palpitaban y el triángulo entre sus piernas ansiaba lo que nunca había tenido: alivio.

Cerró los ojos de nuevo, preguntándose si podría volver a soñar con su amante, pero pensó que no sería capaz de soportar tanto placer en un solo día. Además, aún tenía sueño y estaba cansada. Mientras se dormía, no pudo evitar recordar su sueño y pensó que era increíble.

Jamal inspiró profundamente mientras se apoyaba contra un árbol. ¿Qué lo había poseído para hacerle lo que le acaba de hacer a Delaney? No tuyo que pensar mucho para encontrar la respuesta. Desde el primer día se había sentido atraído por ella, y cuando se la encontró dormida en la tumbona, con aquellos pantalones cortos y la camiseta por encima del ombligo, no pudo resistirse a la tentación de saborearla. Un sabor en el que había pensado mucho última mente.

Sus pechos, incluso mientras dormía, habían estado erguidos y firmes, con los pezones erectos, estrechándose contra la camiseta. Sin apenas pensarlo, Jamal se había arrodillado ante ella y había saboreado todo su cuerpo, pero recuperó el sentido común antes de llegar al punto a donde él querría haber llegado.

La sola idea de hacerle el amor lo había excitado hasta tal punto que su erección era dolorosa. Y cuando ella había gemido su nombre, había estado a punto de perder la cabeza.

Cuando llegó a la cabaña, lo último en lo que pensaba era en una mujer. Pero en aquel momento, una mujer en concreto era lo único en lo que podía pensar.

Su cuerpo estaba caliente, encendido y se preguntó si no debería recoger sus cosas y decirle a Asalum que fuera a buscarlo para volver a su país. Nunca había deseado a una mujer tanto como para seducirla mientras dormía.

Pero no podía marcharse. Ella había gemido su nombre en sueños. No se lo había imaginado. Quizá ella negara que lo deseaba mientras estaba despierta, pero mientras dormía era un asunto completamente distinto.

Su libido estaba alterada; quería volver a saborearla. En realidad, quería algo más que eso. Quería hacer el amor con ella, y todos los músculos de su cuerpo lo empujaban hacia aquella meta.

Capítulo Cinco

Jamal estaba sentado a la mesa de la cocina tomando una taza de té cuando entró Delaney unas horas más tarde, para comer. Lo miró de reojo mientras se dirigía hacia la nevera.

—Me voy a hacer un sándwich para comer —le dijo a Jamal—. ¿Quieres uno?

Jamal se movió en la silla mientras la miraba. No quería un sándwich. Quería sexo. Y como resultado, se sentía intranquilo y nervioso. Apenas unos días antes había saboreado su boca y sus pezones. No quedaba mucho por descubrir, pero lo que quedaba estaba volviendo locas a sus hormonas.

Al no contestar, Delaney se apartó de la nevera y lo miró intrigada.

— ¿Jamal?

— ¿Sí?

—Te he preguntado que si quieres un sándwich.

El asintió, aceptando su oferta. Necesitaba comer algo ya que necesitaría de todas sus fuerzas más tarde. Al menos aquello era lo que él esperaba.

—Sí, gracias. Me encantaría comer un sándwich.

«Me encantaría comerte a ti».

Continuó observándola mientras ella sacaba las cosas de la nevera. El seductor aroma femenino de Delaney llenaba la cocina y Jamal sintió que lo afectaba profundamente. Además, no ayudaba saber que no llevaba sujetador bajo aquella camiseta y que sus pechos eran los mejores para lamer y chupar. El instante en que su lengua había tocado su pezón erecto, la punta se había endurecido, tentándolo a absorberlo completamente y jugar con él. Y por la forma en que gimió mientras se revolvía en la hamaca, supo que ella estaba disfrutando con todo aquello.

Jamal bajó la mirada hacia su trasero. Aquella parte era lo primero que había llamado su atención el primer día; también era lo que le había hecho excitarse en aquel momento. A Delaney le gustaba llevar pantalones cortos, de los que mostraban perfectamente el magnífico trasero que tenía; también admiró sus muslos y la forma en que los pantalones marcaban la suave curva de sus caderas. Jamal se preguntó qué aspecto tendría de espaldas, desnuda y pensó que sus nalgas serían tan firmes y exuberantes como sus pechos.

— ¿Quieres mayonesa?

Aquella pregunta lo obligó a mirarla a la cara cuando ella lo miró por encima del hombro.

—No. Prefiero mostaza —contestó él rápida mente, mientras

pensaba en arrinconarla contra la encimera y tomarla por detrás.

Se imaginó a sí mismo entrando y saliendo de ella mientras estrechaba su trasero contra él.

Jamal bebió su té; normalmente era una bebida que lo tranquilizaba, pero en aquel momento no tuvo el efecto de siempre.

—Prepárate para disfrutar de mi sándwich—dijo ella—. Mis hermanos piensan que son los mejores y darían cualquier cosa porque les hiciera uno. Tienen mi toque especial.

Jamal asintió. De repente, sintió celos de la rebanada de pan; desearía que las manos de Delaney estuvieran sobre él, extendiendo sobre su cuerpo lo que ella deseara, besos preferiblemente.

Delaney volvió a mirarlo por encima del hombro y sonrió.

—Estás muy callado hoy. ¿Te encuentras bien?

Estuvo tentado de decirle que no y que si se pusiera de pie, se daría cuenta de por qué.

—Sí. Estoy bien —dijo finalmente. Satisfecha con su respuesta, ella se volvió y continuó haciendo los sándwiches y Jamal se recostó en la silla. La observó mientras terminaba de prepararlos y vio que estaba canturreando y se preguntó por qué estaría de tan buen humor. A diferencia de él, estaría durmiendo bien por las noches y no estaría experimentando ningún tipo de tormento sexual.

— ¿Terminaste el libro? —le preguntó él. Delaney había pasado la mañana leyendo y la única vez que lo había dejado fue cuando se quedó dormida en la hamaca.

—Sí. Era estupendo —contestó ella mientras sacaba dos platos del armario—. Y por supuesto, tenía un final feliz.

Jamal enarcó una ceja.

— ¿Un final feliz?

Delaney asintió y se dio la vuelta.

—Sí. Marcus se dio cuenta de lo mucho que significaba Jamie para él y le dijo que la amaba antes de que fuera demasiado tarde.

Jamal asintió.

— ¿Él amaba a esa mujer?

Delaney sonrió.

—Sí. La amaba.

—Entonces eso que lees es pura fantasía —dijo él frunciendo el ceño —. ¿Por qué malgastas tu tiempo leyendo tonterías?

Delaney dejó de sonreír y lo miró irritada.

—¿Tonterías?

—Sí. Los hombres no aman a las mujeres de esa manera.

Delaney se apoyó en la encimera y cruzó los brazos sobre el pecho. Jamal se fijó en que tenía las piernas apartadas y al verla así, casi se olvidó de qué estaban hablando. Desvió la mirada hacia el lugar donde se juntaban las piernas y se preguntó qué se sentiría al empujar su duro

cuerpo contra ella.

— ¿Y cómo aman los hombres a las mujeres?

Jamal la miró a la cara y vio que aún fruncía el ceño, ya no estaba de tan buen humor.

—Normalmente no las aman. Al menos no en mi país.

Delaney enarcó una ceja.

—En tu país las personas se casan, ¿no es así?

—Por supuesto.

—Entonces, si no es por amor, ¿por qué se casan?

Jamal la miró, se sintió repentinamente desorientado. Delaney tenía la capacidad de hacerle sentir de aquella manera cada vez que miraba sus oscuros ojos y sus exuberantes labios.

—Se casan por una serie de razones; principal mente por los beneficios que reporta un matrimonio —contestó él sin apartar la mirada de su cara.

—¿Beneficios?

—Sí. Si es una buena unión, el hombre aporta algún tipo de bien y la mujer aporta fuertes lazos familiares y la habilidad de procurar herederos. Son cosas necesarias para que–un país como el mío crezca y prospere.

Delaney lo miró fijamente, no podía creer lo que acababa de oír.

—Así que los matrimonios en tu país son como acuerdos comerciales.

Jamal sonrió.

—Más o menos. Por eso los más exitosos se acuerdan con unos treinta años de adelanto.

—¡Treinta años! —exclamó Delaney incrédula mente.

Jamal suspiró, no quería continuar hablando de aquello, sobre todo sabiendo cómo eran las mujeres americanas.

—¿Están listos los sándwiches?

Evidentemente, Delaney no estaba dispuesta a zanjar el tema.

—El día que nos conocimos me dijiste que te casarías el año que viene.

Jamal asintió.

—Sí. En mi país es costumbre que los hombres se casen antes de cumplir los treinta y cinco años, y yo los cumpliré el año que viene.

—¿Y la mujer con la que te casarás? ¿Tu matrimonio fue acordado?

Jamal se dio cuenta de que Delaney no le daría el sándwich hasta que su curiosidad estuviera satisfecha.

—Sí y no. Mi familia acordó mi matrimonio con la futura princesa de Bahan antes de que ella naciera; yo solo tenía seis años. Pero ella y su familia murieron hace unos años mientras viajaban por otro país. Eso fue apenas un año antes de que nos fuéramos a casar. Ella solo tenía dieciocho años.

Delaney contuvo la respiración.

—Eso debió de ser terrible para ti.

Jamal se encogió de hombros.

—Supongo que lo habría sido si la hubiera conocido.

«Como te conozco a ti», se dijo. La sola idea de que algo la ocurriera...

— ¿A qué te refieres con eso? —Preguntó Delaney—. ¿No conocías a la mujer con la que te ibas a casar? —inquirió boquiabierta.

—No. Nunca la conocí. Realmente no había necesidad de ello. Habría bastado con conocerla el día de la boda.

—Pero... ¿y si resultaba ser alguien a quien no quisieras?

Jamal la miró y sonrió como si acabara de hacer la pregunta más tonta.

—Por supuesto que la habría aceptado. Ella estaba destinada a ser mi esposa y yo su esposo. Nos habríamos casado igualmente.

Delaney inspiró profundamente.

— ¿Y tú habrías continuado viendo a tu amante?

Delaney habló en voz baja, sin molestarse en preguntarle si tenía una. Un hombre como él, sobre todo un hombre al que no le importaba no conocer a la mujer con la que iba a casarse, lo haría. Se acostaría con su esposa para procurarse herederos y cumplir con su obligación de marido, y después se acostaría con su amante para procurarse placer.

—Sí. Continuaría viendo a mi amante —dijo él, mientras pensaba en Najeen—. Nunca la dejaría.

Delaney lo miró incrédula. No podía creer la actitud de despreocupación con la que se tomaba el ser infiel. Incluso sus hermanos, que disfrutaban estando solteros, estaba segura de que serían fieles cuando encontraran a la mujer adecuada.

De repente, Delaney sintió que sus sentimientos eran una turba. Nunca podría plantearse el tener algo serio con un hombre como Jamal y aceptar el hecho de que se acostaba con otra mujer. Respetaba las diferencias culturales, pero había ciertas cosas que no podría tolerar y la infidelidad era una de ellas. La violación de los votos matrimoniales era algo que no toleraría.

Cruzó la cocina con un plato en cada mano y dejó uno de ellos de golpe sobre la mesa.

—Disfruta de tu sándwich —dijo ella mirándolo furiosa—. Espero que no te ahogues. Yo comeré en mi habitación ya que por el momento, no quiero disfrutar de tu compañía.

Jamal se levantó rápidamente y la agarró de muñeca para acercarla hacia él.

— ¿Por qué, si te he hablado con total sinceridad te enfadas? Es la forma en que hacemos las cosas en mi país, Delaney. Acéptalo.

Ella intentó zafarse de su mano pero él la sujetaba con fuerza.

— ¿Qué lo acepte? —dijo ella riéndose sarcásticamente. Echó la cabeza hacia atrás y lo miró irritada—. ¿Por qué tendría que aceptarlo? La forma en que tú vivas tu vida es asunto tuyo y no significa nada para mí.

Sus rostros estaban muy cerca el uno del otro, y si se movían un solo milímetro se tocarían. Ella intentó apartarse, pero Jamal no la dejó.

—Si realmente piensas lo que dices, simplificaría mucho las cosas.

Delaney intentó no fijarse en que la mirada de Jamal estaba centrada en su boca.

—¿Qué quieres decir con eso? —espetó ella.

Odiaba darse cuenta de que incluso en aquella situación, su cuerpo comenzaba a sentir el deseo. ¿Cómo podía desearlo después de haber admitido que no se casaría por amor y se jactaba de tener una amante a la que nunca dejaría?

—Si cómo viva yo mi vida no significa nada para ti, entonces el que nos acostemos juntos no tendrá tanta importancia.

—¡Cómo!

—Ya me has oído, Delaney. Las mujeres occidentales suelen ser posesivas y esa es la razón por la que nunca he mantenido una relación seria con ninguna. Te acuestas con ellas una vez e intentan hacerte suyas para siempre. Te he explicado cómo será mi vida cuando vuelva a Tahran y quiero que lo entiendas antes de que compartas mi cama. No puedo prometerte nada, salvo que te daré placer como nunca habías experimentado.

Delaney movió la cabeza, no podía creer la audacia de Jamal, su arrogancia; él daba por sentado que se acostarían juntos. Pues podía ir olvidándose de ello porque no se acostaría con él.

Delaney libró su mano de la de él.

—Déjame aclararte una cosa, príncipe—. No tengo intención de acostarme contigo —gritó ella mientras le golpeaba el pecho—. No tengo intención de ser el segundo plato de ningún hombre, por mucho placer que pueda darme. Aunque tu cuerpo estuviera hecho de oro y diamantes, no lo tocaría a no ser que fuera para mí exclusivamente. ¿Me entiendes?

La mirada de Jamal se endureció al mirarla.

—Nunca seré de una sola mujer exclusiva mente. Nunca.

—Muy bien. Ahora ya sabemos en qué lugar estamos cada uno —dijo Delaney y se dio la vuelta para marcharse.

—Delaney...

Se dijo que no debía volverse, pero se encontró a sí misma dando la vuelta.

—¿Qué?

Jamal fruncía el ceño, enfurecido.

—Entonces te sugiero que te marches. Hoy.

Delaney inspiró profundamente. ¡Cómo se atrevía!

—Ya te lo he dicho, Jamal. No me voy a marchar.

Jamal la miró fijamente durante un instante.

—Pues no bajes la guardia, Delaney Westmoreland. Te deseo, tanto que me duele. Te deseo como no había deseado a ninguna mujer —admitió Jamal—. Me gusta inhalar tu aroma, me gusta saborearte y quiero volver a hacerlo. Quiero estar dentro de ti y encender nuestra pasión. Desde que llegaste, no he dejado de soñar en tomarte, en estar encima de ti y entrar en tu cuerpo para darte el mejor sexo del que has disfrutado.

Jamal se acercó lentamente hacia ella, ignorando la aprensión en su mirada, alargó una mano hacia su mejilla y continuó hablando.

—De lo que se trata al fin y al cabo, para los dos, es de lujuria. Así que no importa lo que ocurra cuando nos marchemos de aquí. Lo que hay entre nosotros es sencilla y llanamente, lujuria; tan fuerte que puede poner a un hombre de rodillas. No hay amor entre nosotros y nunca lo habrá. Solo habrá lujuria.

Jamal se interrumpió y la miró directamente a los ojos.

—Cuando nos marchemos de aquí, lo más probable es que no nos volvamos a ver, nunca. Así que, ¿por qué no disfrutar de algo tan placentero que nos proporcionará maravillosos recuerdos durante años?

Lentamente, Jamal deslizó la mano de su mejilla hacia su cuello.

—Quiero hacer el amor contigo todos los días mientras estemos aquí. En todas las posturas conocidas por el hombre. Quiero satisfacer tus fantasías y las mías.

Delaney tragó saliva. Todo lo que decía sonaba tan apetecible, tan tentador...

Y una mujer con menos fuerza de voluntad lo abandonaría todo, incluido su orgullo y cedería a lo que estaba ofreciendo. Pero ella no lo haría.

No se conformaría con cualquier cosa, no estaba tan desesperada. Además, no podía echar de menos lo que no había probado, y aunque sería la primera en admitir que Jamal había despertado en ella sentimientos y deseos que ni si quiera sabía que existían, controlaría su ansia por probar el resto.

Así que con resolución y firmeza, dio un paso hacia atrás.

—No, Jamal. Cuando dije que un hombre ha de ser exclusivamente mío, hablaba en serio.

La mirada de Jamal se oscureció y sonrió seductoramente.

—Eso es lo que piensas ahora, Delaney. Pero al final, verás las cosas de otra manera.

Su tono de voz era ronco y la mirada de sus ojos la retaba.

— ¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que cuando se trata de algo que quiero, no juego limpio.

Delaney lo miró significativamente y sintió que su corazón comenzaba a latir con rapidez al comprender lo que estaba diciendo. Intentaría hacerla bajar la guardia, sin importarle lo que tardara siempre y cuando consiguiera lo que quería: tenerla en su cama.

Pues podía ser tan fuerte y tan testaruda como él. Aquel príncipe se había encontrado con la horma de su zapato.

Delaney sonrió y en sus ojos brilló una chispa de humor.

—Quizá no juegues limpio, pero que sepas que yo juego para ganar.

—Este juego no lo ganarás, Delaney.

—No puedo permitirme perderlo, «majestad».

—Entonces no digas que no te avisé —dijo él y su mirada se oscureció.

—Lo mismo digo —replicó ella,

Sin nada más que decir, Delaney se dio la vuelta y, con la cabeza bien alta, se dirigió al porche a comerse su sándwich.

Capítulo Seis

Cuando Delaney entró en el cuarto de estar unas horas más tarde, Jamal levantó la mirada.

Se había declarado la guerra y ella estaba utilizando todas las armas de las que podía disponer para ganar. Estaba determinada a mostrarle lo que ella pensaba que nunca tendría, y aquella era la razón, pensó Jamal, de que se hubiera cambiado de ropa. La única forma de describirla era increíblemente seductora.

Llevaba una bata de encaje que insinuaba más de lo que cubría, y Jamal no pudo hacer otra cosa más que recostarse en la silla y mirarla de pies a cabeza. Un arrebato de primitiva posesión, además de excitación hizo presa de él. No podría aparentar indiferencia aunque quisiera, así que no lo intentó. En vez de eso, dejó a un lado los documentos con los que estaba trabajando y estiró las piernas, prestándola así toda su atención. De todos modos, Jamal sabía que aquello era lo que ella quería.

Sabía cuál era su juego: quería ponerlo de rodillas sin darle la oportunidad de ponerse entre sus piernas. Pero Jamal pensó que la dejaría jugar a su pequeño juego, y después jugaría él.

La bata que llevaba era de color melocotón y resaltaba sobre el tono moreno de su piel. La tela parecía de suave seda y proporcionaba la cantidad justa de encanto femenino. La forma en que la tela se movía a su alrededor mientras cruzaba la habitación indicaba que no llevaba ropa interior. Aquella mujer era la seducción personificada.

Jamal sintió que su entrepierna palpitaba mientras observaba cómo se sentaba en el sofá enfrente de él: completamente correcta y formal, y verdaderamente sexy. Aunque su respiración se aceleró, se torturó a sí mismo obligándose a seguir mirándola.

— ¿Cómo van las cosas? —preguntó ella en un tono profundo y seductor.

Jamal parpadeó cuando se dio cuenta de que ella había hablado, y el seductor tono de voz y la forma en que lo miraba le hizo ser consciente de la parte más masculina de su cuerpo.

—Te podría decir cómo está una en concreto—dijo él tranquilamente.

No tenía sentido ocultar lo evidente, ya que tenía que darse cuenta de que tenía una gran erección del tamaño de Egipto.

Delaney no le contestó. En vez de eso, sonrió descaradamente, como si se hubiera anotado un tanto. Y Jamal tuvo que aceptar que lo había hecho. Se preguntó si disfrutaba viéndolo sudar; recordaría todo lo que le estaba haciendo pasar cuando le llegara su turno y cuando eso

ocurriera, no la dejaría dar marcha atrás. Ella había empezado aquello y Jamal estaba decidido a obligarla a llegar hasta el final.

El compact disc que habían estado escuchando se terminó y un interminable silencio llenó la habitación.

Se miraron fijamente el uno al otro.

Jamal sintió que su cuerpo ardía por dentro, subiendo insoportablemente de temperatura y por la expresión de la cara de Delaney supo que ella estaba disfrutando de aquel momento.

— ¿Quieres que ponga más música? —preguntó él, mientras lentamente se ponía de pie, sin importarle que ella viera la evidente muestra de su masculinidad.

Tras asimilar lo grande que era, Delaney asintió, incapaz de hablar. Al ver la expresión de su cara, Jamal no pudo evitar sonreír. ¿Qué se había esperado?

Aunque era cierto que unas cuantas mujeres le habían dicho que estaba muy bien dotado, pensó que ella tenía que haber visto alguna vez a un hombre excitado sexualmente.

Jamal se dirigió al equipo de música.

—¿Tienes alguna preferencia? —preguntó él.

Al ver que ella no contestaba, Jamal la miró por encima del hombro.

Delaney tragó saliva antes de contestar.

—No. Pon lo que quieras.

Jamal captó su nerviosismo. Evidentemente, no tenía aquel juego tan controlado como ella creía.

Puso un cómpact disc de Kenny G e inmediatamente el sonido del saxofón llenó la habitación.

Jamal se dio la vuelta y lentamente, se acercó al sofá donde ella estaba sentada; quería comprobar cuánta tentación podía soportar.

Se detuvo delante de ella y extendió una mano.

— ¿Quieres bailar?

Jamal esperó mientras ella se decidía, aunque ya sabía cuál sería su respuesta; ella había empezado aquello y no permitiría que él saliera victorioso.

Lentamente, Delaney se puso de píe.

—Sí —aceptó ella y tomó la mano que él le ofrecía.

Jamal la estrechó entre sus brazos y ambos suspiraron cuando sus cuerpos entraron en con tacto. El cerró los ojos y se obligó a conservar la calma; le gustaba sentirla y cuando ella se apoyó contra su torso, gruñó.

Ninguno dijo nada, pero él sabía que Delaney contenía la respiración cada vez que su erección rozaba su vientre, cosa que procuró hacer a menudo.

Cuando la música cesó, Jamal no quiso soltarla, y como ella se

apartó, tuvo la impresión de que tampoco estaba preparada para que aquel momento terminara.

Sabía lo que tenía que hacer y lo que quería hacer, y si saboreándola llegaban más lejos, que así fuera.

Se apartó ligeramente, lo cual obligó a Delaney a levantarla cabeza. Entonces, Jamal vio un deseo tan poderoso como el suyo reflejado en sus ojos y supo que tenía que besarla.

Delaney debió de pensar lo mismo, porque entreabrió los labios para él, sin protestar.

Cuando Jamal capturó sus labios, Delaney gimió entrecortadamente.

El movimiento de su lengua dentro de la boca de Delaney era lento y metódico; él era un experto en el arte de besar y utilizó aquel arte con ella.

Delaney oyó un suave gemido dentro de su garganta mientras entrelazaba los dedos en el pelo de Jamal. Se sentía en la gloria. No tenía ni idea de lo que estaba haciendo con ella, pero fuera lo que fuera, no quería que se detuviera. Había ciertos puntos en su boca, los cuales él acariciaba con su lengua, que la estaban volviendo loca hasta tal punto que el calor que comenzó a sentir entre las piernas se hacía insoportable.

Delaney gimió y su cuerpo comenzó a temblar, parecía que todas sus terminaciones nerviosas se electrificaban; sintió que le temblaban las rodillas y su cabeza comenzó a dar vueltas. El último pensamiento que cruzó su mente fue que estaba muriéndose.

Delaney abrió los ojos lentamente y miró a Jamal. Estaba echada sobre su regazo.

Parpadeó y notó que su respiración era pesada y entrecortada.

—¿Qué ha pasado? —preguntó en un susurro. Se sentía muy débil.

—Te has desmayado.

—¿Me he desmayado? —repitió ella, preguntándose si había oído bien.

Jamal asintió.

—Sí. Mientras te besaba.

Delaney inspiró profundamente y cerró los ojos al recordarlo. Quizá fuera virgen, pero sabía reconocer un orgasmo. Había sido el primero y continuaba siendo virgen. Le pareció que cada parte de su cuerpo se había desprendido mientras un placer como nunca había sentido la invadía. Había sido muy intenso.

— ¿Qué me has hecho? —preguntó ella casi sin aliento, mientras los efectos secundarios hacían temblar a su cuerpo.

Notaba sensible su boca, y el sabor de Jamal estaba tan impregnado por todas partes, que lo saboreaba cada vez que hablaba.

Jamal sonrió.

—Te he besado de una manera muy especial—dijo él.
— ¿Así besas a tu amante? —susurró ella.
De repente sintió la necesidad de saberlo, aunque no sabía si le gustaría la respuesta.
Los ojos de Jamal se oscurecieron y su mirada reflejó sorpresa.
—No. Nunca he besado así a Najeen.
Delaney parpadeó. En aquel momento fue ella quien se sorprendió. No solo le había dicho el nombre de su amante, sino que había admitido haber compartido con ella algo que no había compartido con ninguna mujer. Por alguna razón, se alegró.
—Alcanzaste el clímax mientras te besaba.
Delaney lo miró boquiabierta. No podía creer lo que acababa de oír. Una parte de ella quiso negarlo, pero la otra sabía que estaría mintiendo descaradamente, así que intentó pensar en una respuesta alternativa.
—Estás mojada —dijo él antes de que ella pudiera pensar en algo.
Delaney tragó saliva y notó que le escocía la boca. Sabía a lo que se refería y se preguntó cómo lo sabía. ¿Lo habría comprobado? Ella es taba sentada sobre su regazo en una postura muy escandalosa. ¿Acaso había metido él la mano bajo su ropa y la había acariciado como la última vez?
Obviamente la pregunta se reflejó en su cara, pues Jamal le respondió.
—No te he tocado, aunque me he sentido tentado a hacerlo. Tu aroma te ha delatado. Era más potente y abrumador, lo que suele pasar cuando una mujer tiene un orgasmo.
Delaney lo miró fijamente, incapaz de creer la conversación que estaban manteniendo. Al menos él hablaba, porque ella se limitaba a escuchar educadamente. De repente, se dio cuenta de que gracias a él, comenzaba a ser consciente de la intensidad de su feminidad.
Jamal sonrió de nuevo y se puso de pie, con ella en brazos.
—Creo que ya has tenido bastante por esta noche. Es hora de que te acuestes.
Se dirigió por el pasillo y a Delaney le sorprendió ver que la llevaba a su habitación, en vez de a la de él.
Con suavidad, la dejó sobre la cama, se irguió y se quedó mirándola.
—Te deseo, Delaney, pero no pienso aprovecharme de ti en un momento de debilidad como este. No habré conseguido nada si cuando te despiertes a mi lado, te arrepientes —dijo e inspiró profundamente —. Por mucho que quiera estar dentro de ti, para mí es muy importante que te entregues voluntariamente y que aceptes las cosas tal y como te las he expuesto —continuó él—. Todo lo que puedo ofrecerte es placer y lo que has saboreado esta noche es solo una pequeña parte. Pero

tienes que entender que mi vida está en Tahran, y que cuando me marche de aquí, no podrás formar parte de ella. Tengo unas obligaciones y unas responsabilidades que debo asumir.

Jamal se inclinó sobre ella y le acarició la mejilla. Su oscura mirada era intensa.

—Para mí, solo puedes ser, y serás, un maravilloso recuerdo que guardaré para siempre. Nuestras culturas no permiten otra cosa. ¿Lo entiendes? —preguntó con la voz ronca y cargada de pesar.

Lentamente, Delaney asintió con la cabeza.

—Sí.

Sin decir nada más, Jamal dejó caer la mano de su cara, se dio la vuelta y salió de la habitación, cerrando la puerta tras de sí.

Delenay enterró la cabeza entre las sábanas y luchó contra las lágrimas que brotaban de sus ojos.

Capítulo Siete

Delaney abrió los ojos lentamente a la luz del sol que entraba por su ventana. Se quedó quieta durante un rato, mirando al techo mientras los recuerdos de la noche anterior invadían su cabeza.

Se llevó los dedos a la boca al recordar el beso que habían compartido Jamal y ella y sintió que su boca aún estaba caliente y sensible. También sintió que estaba marcada. Jamal había dejado una huella en ella que no había dejado en ninguna otra mujer. La había besado de una manera especial, tan apasionada que la había hecho perder el sentido.

Cerró los ojos y se dio un momento para que su cabeza asimilara todo lo ocurrido, además de pensar en lo que sentía.

El día anterior, Jamal le había dejado bastante clara su postura. Le había dicho que la deseaba, pero también le había dicho que el tiempo que pasaran en la cabaña juntos, sería lo único que compartirían. El tenía obligaciones y responsabilidades en su país y no podía volverles la espalda. Tenía una vida que no la incluía a ella y nunca lo haría. En otras palabras, ella nunca tendría un sitio en su vida.

Como mujer que nunca había mantenido una relación amorosa, ni seria ni informal, se había sentido indignada al escuchar su propuesta, pero después de que él la dejara en la cama, había tenido tiempo para pensar las cosas antes de quedarse dormida.

La vida de Jamal estaba predestinada. Era un jeque y su país era su principal preocupación. Había admitido que la deseaba, no que la amaba. También había afirmado, una y otra vez, que lo que había entre ellos era pura lujuria, y que como adultos maduros, no había nada de malo en satisfacerse mutuamente, aunque no hubiera ataduras.

Lo que le había ofrecido no era distinto de lo que sus hermanos ofrecían a las mujeres con las que salían, y ella siempre había aborrecido que una mujer fuera tan débil para aceptar tan poco. Pero en aquel momento, una parte de ella lo comprendió.

Después de escuchar lo que él le había dicho, supo que se estaba enamorando de él, y aquella mañana, a la luz del día, no se molestó en negar la verdad.

A lo largo de los años había asumido que el hombre del que se enamorara sería un compañero de trabajo, alguien que compartiera su amor por la medicina. Pero aparentemente, las cosas no salían como uno pensaba.

Delaney se había enamorado de un príncipe, de un hombre cuya vida nunca compartiría.

Abrió los ojos al darse cuenta de que lo que él había dicho la noche

anterior, era cierto.

Cuando se separaran, lo más probable es que no volvieran a verse. Tenía que aceptar que el hombre al que amaba nunca sería suyo exclusiva mente, pero si aceptaba lo que él le ofrecía, al menos tendría recuerdos para el futuro.

Inspiró profundamente. Ya no le importaba que no fuera a haber final feliz en su historia con Jamal. Pero hasta que llegara la hora de separarse, aceptaría cada día con él y apreciaría el tiempo que pasara con él para almacenar todos los recuerdos que pudiera.

Delaney la deseaba de la misma manera que él la deseaba a ella, pero en su corazón, sabía que para ella no se trataba de simple lujuria.

Su mente y sus acciones estaban dominadas por el amor.

Cuando entró en la cocina, inhaló el aroma del café recién hecho.

Delaney se sirvió una taza y se preguntó si Jamal, que era muy madrugador, estaría afuera practicando *kickboxing* como hacía cada mañana, así que se dirigió al cuarto de estar y por la ventana vio que estaba de pie en el porche. Inspiró profundamente y salió a su encuentro.

—Buenos días, Delaney —murmuró él.

—Buenos días, Jamal —contestó ella y lo miró de arriba abajo—. Estás vestido de una manera distinta esta mañana —añadió al ver que se había vestido al estilo de su país.

Una sonrisa se dibujó en sus labios y una chispa de diversión incendió su mirada.

—Sí. Tú también.

Delaney sonrió interiormente. Comenzaba a gustarle aquel juego.

—He pensado que hoy es un buen día para hacer algo que no he hecho desde que he llegado.

— ¿El qué?

—Darme un baño de agua caliente en la bañera de madera que hay en el jardín. Hay espacio suficiente para dos y me preguntaba si te apetecería bañarte conmigo.

Jamal enarcó una ceja, evidentemente sorprendido por su invitación, aunque sin intención de rechazarla.

—Sí. Creo que lo haré.

En aquel momento un tenso silencio los envolvió. Delaney sabía que no era tonto y que se daba cuenta de su pequeño juego de seducción. Y como la noche anterior, estaba decidido a sacarle el máximo partido. No jugaba limpio.

En realidad, Delaney esperaba que no lo hiciera.

—Iré al jardín —murmuró ella–. Llevo el biquini debajo de la ropa.

—Y yo no tardaré en cambiarme. Enseguida estoy contigo —dijo él con la voz ronca.

Delaney se dio la vuelta para marcharse, pero repentinamente se

volvió de nuevo hacia él.

—Una cosa más, Jamal.

—¿El qué?

—Tienes que prometerme que mantendrás las manos quietas.

Una sonrisa burlona se dibujó en sus labios y un brillo de maldad iluminó sus ojos.

—De acuerdo. Lo prometo.

Delenay parpadeó, sorprendida porque hubiera prometido tal cosa. En realidad, no había esperado que lo hiciera.

Sin decir una palabra más, abrió la puerta y entró de nuevo en la cabaña, mientras se preguntaba si realmente tenía intención de mantener su promesa.

Delaney ya estaba metida en la bañera cuando Jamal apareció. Sintió que su respiración se aceleraba y le resultó difícil apartar la mirada de él. Cuando finalmente consiguió romper el contacto visual con él, suspiró aliviada y bajó la mirada hacia su traje de baño.

El bañador que llevaba era incluso más pequeño que los pantalones cortos que se ponía para practicar *kickboxing*. Todo él rezumaba sensualidad y se alegró al pensar que durante las siguientes tres semanas, Jamal era todo suyo.

—El agua parece caliente —dijo él, interrumpiendo los pensamientos de Delaney.

—Lo está —replicó ella, dedicándole una son risa.

Jamal dejó la toalla a un lado y se sentó en el borde de la bañera.

Delaney observó fascinada todos sus movimientos, mientras él se metía en el agua y se sentaba enfrente de ella. Jamal se hundió hasta que el agua le cubrió los hombros.

—¡Qué bien! —exclamó él, cerrando los ojos y recostando la cabeza en el borde.

—¿Sí, verdad?

Delaney enarcó una ceja. ¿Realmente no intentaría nada? Parecía perfectamente satisfecho con estar sentado allí y quedarse dormido. Ni siquiera había intentado ver su biquini bajo el agua. Si lo hubiera hecho, se habría dado cuenta de que era muy pequeño.

Delaney se sintió frustrada, y estaba a punto de cerrar los ojos cuando lo sintió.

Jamal había estirado la pierna, apoyando el pie justo entre las piernas de Delaney, y antes de que pudiera siquiera respirar, había comenzado a mover los dedos de los pies para acariciarla en su zona más sensible.

Delaney cerró los ojos e inspiró profundamente mientras el pie de Jamal suavemente la masajeaba con una seductora precisión.

Pero no se detuvo allí. Jamal levantó el pie y lo apoyó entre sus dos pechos. Después, con los dedos, acarició su pezón por encima del

biquini, y cuando la respiración de Delaney se volvió entrecortada, movió el pie al otro pezón.

Cuando sintió que todos los movimientos habían cesado, Delaney abrió los ojos para encontrárselo justamente delante de ella.

—No necesito las manos para seducirte, Delaney —susurró él, arrogantemente. Sus labios estaban a escasa distancia de los de ella—. Deja que te lo demuestre.

Y lo hizo.

Jamal se inclinó hacia ella y con la boca, le levantó el biquini. Después, gruñendo como el lobo que ella se había imaginado que era, chupó sus pechos desnudos con una pasión que casi la hizo gritar, y con la rodilla, la levantó para que sobresalieran por encima del agua. Saboreó y acarició cada pecho con su lengua hasta hacerla retorcerse y gozar.

Unos instantes después, cuando él se apartó, ella gimió en señal de protesta.

Delaney abrió los ojos lentamente para encontrarlo mirándola con un ansia primitiva reflejada en los ojos.

Sus pechos, sensibilizados por sus caricias, subían y bajaban con cada suspiro, y mientras ella continuaba mirándolo, él sonrió atrevidamente y Delaney supo que no había terminado.

Contuvo la respiración cuando él deslizó la lengua por sus labios, para después apoderarse de su boca. Automáticamente, ella entreabrió los labios y él introdujo su lengua.

Un escalofrío de deseo la sacudió y se preguntó qué locura la había poseído al prohibirle utilizar las manos. Improvisando, Jamal utilizaba su lengua para seducirla, con la misma efectividad que si estuviera utilizando las manos. Era un experto en el arte de besar y le demostró lo mucho que disfrutaba besándola. Y por su reacción, Delaney se dio cuenta de lo mucho que disfrutaba siendo besada por él.

Unos minutos más tarde, Jamal se apartó y sonrió seductoramente.

—Quiero verte desnuda, Delaney.

Aquellas palabras, murmuradas en un tono muy sensual, llegaron hasta lo más profundo de ella, provocándole una oleada de emociones.

Una vez más, le había demostrado que era capaz de agitar la pasión que había en ella y que hasta entonces, no sabía que existía. Y era una pasión que ansiaba explorar con él.

Gimiendo, Delaney se acercó hacia él. Aun que él no pudiera, ella sí podía utilizar las manos. Y sintiéndose valiente, le rodeó el cuello con los brazos y lo besó. Sus lenguas se encontraron y comenzaron a acariciarse íntimamente.

Cuando finalmente ella apartó la boca, se echó hacia atrás para mirarlo a los ojos.

—Yo también quiero verte desnudo —susurró ella.

Los ojos de Jamal se oscurecieron aún más.

—Y cuando estés desnuda, ¿podré utilizar las manos?

Delaney sonrió.

—Y cuando lo estés tú, ¿podré «yo» utilizar las mías? —preguntó ella a su vez.

—Podrás utilizar todo lo que quieras —gruñó Jamal.

Delaney sonrió ampliamente.

—Tú también.

Capítulo Ocho

Jamal sintió que estaba al borde de la locura mientras observaba cómo se acercaba Delaney. El biquini que llevaba era demasiado indecente, impropio y obsceno para cualquier mujer, pero a él le encantó verla con él puesto. Su ya de por sí acelerado pulso se disparó aún más y su respiración se hizo cada vez más difícil. Delante de sus ojos estaba todo lo que deseaba y ansiaba, y pretendía conseguirlo

Jamal frunció el ceño al darse cuenta de que lo estaba provocando a propósito.

—¿Te gusta lo que ves, «majestad»?

Sus ojos, llenos ya de excitación, reflejaron también que Jamal era consciente de la situación. Cruzó los brazos sobre el pecho y la miró significativamente.

—Sí me gusta. Pero quiero ver más.

Delaney lo provocaba e inmediatamente lo frustraba.

Jamal sabía que aquello era un juego para ella, un juego que tenía intención de llevar hasta el final y ganar. Quizá en aquel momento ella estuviera divertida, pero cuando todo aquello terminara, seria él quien reiría.

—Estás ansioso, ¿verdad, Jamal?

—Sí .–dijo él. No veía razón para mentirle.

—Creo que deberíamos entrar en la cabaña—dijo ella sonriendo y echando la toalla a un lado.

Jamal enarcó una ceja. El pensaba que aquel lugar era tan bueno como cualquier otro.

—¿Por qué?

¿Realmente pensaba que se desnudaría allí afuera?, pensó ella.

—Porque prefiero estar dentro cuando me quite el bañador.

Jamal suspiró frustrado.

—No importa dónde estés, Delaney, siempre y cuando te lo quites. Te he tomado la palabra.

—Y yo a ti —dijo ella y se dio la vuelta para entrar en la cabaña.

Jamal se apresuró a seguirla y le abrió la puerta de la casa.

—Gracias. Eres todo un caballero —dijo ella en un tono de voz profundo y seductor.

Jamal sonrió y se dijo que le gustaría que ella mantuviera aquella opinión unas horas más tarde. Un verdadero caballero no estaría pensando en hacerle las cosas que él pensaba hacerle. Intentaría ser un caballero, pero no podía prometer más que eso.

—De acuerdo. Ahora, hazlo –dijo él cuando estuvieron dentro.

Delaney movió la cabeza. Sabía la razón por la cual él la estaba

retando y por la cual estaba tan nervioso: realmente no creía que lo ha ría.

Pensaba que se estaba burlando de él; después de todo, le había dicho que jugaba para ganar.

Delaney miró a su alrededor.

—Sé realista. No voy a desnudarme en la cocina.

— ¿Por qué no?

—Porque no es muy decente —dijo ella y Jamal no pudo evitar reírse.

—¿Te preocupas por la decencia, llevando el biquini que llevas?

—Sí.

Jamal hizo un gesto de desesperación con los ojos.

—No tienes mucho que quitarte. Te estás evadiendo de tu palabra.

—No es cierto.

—Pues demuéstralo.

—De acuerdo. Me sentiría mejor si me desnudo en la habitación.

Jamal asintió y se preguntó qué excusa pondría en cuanto estuvieran en la habitación.

Aunque se sentía muy frustrado, admitió que lo excitaba que ella jugara con él de aquella manera. No obstante, prefería jugar a otras cosas. Aquello ya había durado bastante.

—Pues vamos a la habitación.

—Necesitaré unos minutos para prepararlo todo —dijo ella rápidamente.

Jamal la miró estupefacto. Tenía que estar bromeando. ¿Qué tenía que preparar? ¡Si ya es taba medio desnuda!

Pero antes de que él pudiera hablar, Delaney se adelantó.

—Solo te pido cinco minutos, Jamal –dijo ella y se marchó.

—Solo te daré cinco minutos —avisó él—. Después entraré, estés lista o no.

Delaney miró a su alrededor. Estaba preparada.

Como su habitación miraba hacia la montaña, a aquella hora del día era la que recibía menos luz, lo cual era perfecto para el efecto que buscaba. Había echado las cortinas y encendido vanas velas por toda la habitación. Y el olor a incienso se había extendido por todas partes.

Había echado la colcha y las dos almohadas en el suelo y a ambos lados había colocado dos plantas.

Delaney sonrió. La habitación tenía el aspecto de un oasis de amor. Perfecto para un jeque...

Al oír un golpe en la puerta, Delaney se volvió, inspiró profundamente y cruzó la habitación. Echó un último vistazo a su alrededor y abrió la puerta lentamente.

Cuando Jamal la vio, contuvo la respiración. Llevaba un corto camisón blanco, semitransparente, que resaltaba sobre el tono moreno

de su piel y dejaba entrever ciertas partes de su cuerpo.

Jamal sintió deseos de tocarla, pero se obligó a mirarla a la cara. Al hacerlo, vio que ella lo miraba tan embelesada como él.

Jamal se había puesto una bata de seda, y por la forma en que se abría, resultaba evidente que no llevaba nada debajo.

La mirada de deseo en los ojos de Delaney provocó un escalofrío por todo el cuerpo de Jamal, y cuando ella dio un paso hacia atrás, él la siguió y cerró la puerta.

Rápidamente, miró a su alrededor y vio la forma en que ella había preparado la habitación. Después, centró toda su atención en Delaney.

Alargó una mano y le tocó la barbilla.

—Quítatelo —susurró él—. Esta vez sin excusas ni juegos. Has conseguido llevarme al límite.

Ella lo miró fijamente, incapaz de hacer nada. A través del aturdimiento de su pasión, lo vio a él y supo que aunque no la amara, ella tenía algo que él quería desesperadamente. Y por su entrecortada respiración y el tamaño de su erección, que Jamal no se molestó en ocultar, supo que tenía algo que él ansiaba urgente mente.

De repente, un rayo de esperanza la iluminó. Quizá estuviera destinado a casarse con otra mujer y quizá tuviera a una amante esperándolo en su país, pero en aquel momento era ella la mujer que él quería y deseaba.

—Quítatelo —repitió él.

Delaney se dio cuenta de que las palabras de Jamal estaban cargadas de frustración y estuvo segura de que ninguna mujer había puesto tantas pegas a la hora de desnudarse ante él. Al menos recordaría que no era una mujer fácil.

Delaney se bajó los tirantes y con un insinuante movimiento, hizo que el camisón cayera a sus pies.

Miró a Jamal a los ojos y notó cómo a él se le cortaba la respiración al mirarla; vio que sus ojos se oscurecían y por la expresión de su cara, parecía hechizados.

Sus ojos la recorrieron el cuerpo como la caricia de un amante, y su penetrante mirada provocó una ola de calor desde sus pezones hasta el triángulo entre sus piernas.

Jamal alargó la mano para quitarle el broche del pelo, dejando que cayera sobre sus hombros.

Sintió el pulso de su corazón en la garganta y respiró con dificultad.

Delaney supo que siempre recordaría aquel momento en que se había mostrado a él completamente; al hombre al que amaba. Jamal la estaba viendo como nunca la había visto ningún otro.

—Te deseo, Delaney —susurró él—. Quiero hacerte mía en todas las posturas conocidas por el hombre. Te prometí darte el más puro placer, ¿me dejarás hacerlo? ¿Me aceptas tal y como soy y aceptas que esto es

todo lo que habrá entre nosotros?

Ella lo miró fijamente. Ya sabía cuál sería su respuesta. Se entregaría a él voluntariamente, aunque no pudiera ser suyo exclusivamente. Sin vergüenzas ni arrepentimientos.

Así que levantó la cabeza orgullosamente mientras luchaba contra el escozor de sus ojos y se dijo una vez más que lo amaba. Y por ello, se entregaría a él.

—Sí, Jamal. Quiero experimentar el placer que me ofreces y sé que eso será lo único que obtendré de ti.

Por un instante, a Delaney le pareció que un profundo pesar se reflejaba en sus ojos, antes de estrecharla entre sus brazos y besarla.

Una increíble pasión se generó entre ellos en el momento en que sus lenguas se tocaron, y lo único que ella pudo hacer fue deleitarse en las ardientes sensaciones que la invadían. Sintió su piel caliente contra ella y cuando la mano de Jamal comenzó a acariciar su trasero, instintiva mente se acercó a él. Sintió su virilidad, grande y caliente, íntimamente apretándose contra ella.

El beso pareció durar una eternidad ya que ninguno de los dos quería parar; querían saborear cada minuto juntos, sin apresurarse hacia lo que ambos sabían que les esperaba.

Comenzaron a devorarse la boca con un hambre que rozaba la obsesión. La lengua deja mal acarició cada rincón de su boca hasta casi hacerle perder el conocimiento.

Cuando ambos necesitaron respirar, Jamal interrumpió el beso para inmediatamente echarla hacia atrás y besarle los pechos.

Delaney pensó que no soportaría mucho más si su boca y su lengua continuaban devorándola de aquella manera.

Demostrando una habilidad que hacía que le temblasen las piernas a Delaney, Jamal prestó especial atención a sus pechos, prodigándoles

pequeños mordiscos y apasionadas caricias con la lengua. Aquel roce llenó el cuerpo de Delaney con un calor tan intenso que pensó que ardería allí mismo.

—Jamal...

El no contestó. En vez de eso, la tomó en brazos y se dirigió hacia la zona que ella había preparado en el suelo. Jamal miró a su alrededor y se dio cuenta de lo que había intentado hacer: convertir parte de su habitación en un oasis de amor.

Jamal susurró algo en árabe y después en bereber, y sin soltarla, la tumbó sobre la colcha. Entonces, sintió una presión en el pecho al comprender lo que estaba ocurriendo: Delaney se estaba entregando a él a un nivel profundamente pasional, exóticamente erótico e increíblemente sensible.

Se apresuró a borrar unas emociones que le eran extrañas y comenzó a besarla de nuevo. Mientras lo hacía, recorrió el cuerpo

femenino con sus dedos, deslizándolos por su vientre hasta la parte interior de sus muslos, antes de llegar a la zona íntima entre sus piernas.

Delaney interrumpió el beso, cerró los ojos y tembló cuando sintió que los dedos de Jamal la tocaban en aquel lugar tan íntimo, explorándola y acariciándola. Luchó por controlar la respiración y no perder el control. No quería ahogarse en las sensaciones que él le estaba provocando. Abrió los ojos para mirarlo y por la tensa expresión de su cara, se dio cuenta de que él estaba al borde de la locura sexual. La erección que se apretaba contra su cadera era gran de y dura.

Ella tampoco podría soportar mucho más.

—Te deseo como nunca había deseado a una mujer —murmuró Jamal—. Lo quiero —añadió y empujó los dedos dentro de su cuerpo para que supiera qué era exactamente lo que quería.

Delaney apenas podía respirar y solo pudo emitir un quejido tembloroso.

Lentamente, Jamal metió y sacó los dedos, deleitándose con los suaves gemidos de ella. La estaba dando placer.

De repente, sintió un temblor por todo el cuerpo y supo que no podía esperar más. Tenía que entrar dentro de ella.

Jamal se colocó a horcajadas sobre Delaney y la miró, maravillándose con la oscura belleza de su piel, las magníficas curvas de sus caderas, su liso vientre y su penetrante aroma femenino.

Jamal vio un deseo tan profundo reflejado en sus ojos que estuvo a punto de perder la cabeza.

Tenía que probar aquel maravilloso regalo que ella le ofrecía.

—¿Tomas precauciones, Delaney?

Ella negó con la cabeza.

—No. Yo...

Fuera lo que fuera que iba a decir, decidió no hacerlo. Pero no importaba porque él la protegería.

Jamal se puso de pie y se acercó a su bata. En el bolsillo había guardado una caja de preservativos.

Después de ponerse uno, volvió a ella y se colocó de nuevo encima, deteniéndose para admirarla, pero incapaz de contenerse por más tiempo, Jamal agachó la cabeza y la besó con renovada pasión.

Saboreó su boca y acarició su lengua hasta que provocó en ella un hambre igual a la suya.

Jamal interrumpió el beso y susurró algo en árabe mientras se deslizaba encima de ella y le separaba los muslos.

Sabía que siempre recordaría aquel momento.

Lentamente, exploró la entrada a su cuerpo con su erección, antes de penetrarla; quería disfrutar de la sensación al entrar dentro de ella.

Los músculos de Delaney estaban increíblemente tensos y lo

apretaban a cada milímetro que él avanzaba.

Jamal la observó cuando, al sentir que su cuerpo lo envolvía, ella contuvo la respiración, y continuó moviéndose hacia dentro hasta que se topó con una inesperada resistencia.

Jamal frunció el ceño y la miró incrédulo. No podía creer con lo que se acababa de encontrar, pero sabía lo que era.

—Eres virgen —susurró.

Se sentía asombrado, aturdido y confuso.

Delaney levantó las piernas y lo rodeó por la cintura, haciéndolo su prisionero.

— ¿Y cuál es el problema, «majestad»? —preguntó ella, mientras lo miraba fijamente.

Jamal no pudo evitar sonreír, aunque aquella era una de esas raras ocasiones en las que no solía hacerlo. Siempre era un hombre serio cuando mantenía relaciones sexuales con una mujer, pero entonces se dio cuenta de que aquello era algo más.

—El problema es que no me acuesto con mujeres vírgenes —contestó él.

Delaney le rodeó el cuello con los brazos y levantó la cabeza.

—Esta vez sí.

Jamal no dejó de mirarla. Se sentía furioso porque sabía que ella tenía razón. No se echaría atrás.

— ¿Por qué no me lo dijiste?

Delaney se encogió de hombros.

—No pensé que fuera importante.

Las facciones de Jamal se endurecieron.

—Sí lo es. En mi país, mi honor me obligaría a casarme con cualquier mujer a la que desvirgara.

—Entonces es una suerte que no estemos en tu país —dijo ella, pero vio la irritación reflejada en su mirada.

—Pero, ¿y tu familia? Querrán que haga lo correcto.

Delaney abrió los ojos de par en par al pensar en sus hermanos; no le dejarían hacer lo correcto, sino que lo despedazarían.

—Mi familia no tiene nada que ver con esto, Jamal. Soy una mujer adulta que toma sus propias decisiones. En este país las mujeres pueden hacerlo.

—Pero...

En vez de dejarle terminar, Delaney movió su cuerpo para que él entrara un poco más y sonrió al ver que se sorprendía. Lo tenía exacta mente donde quería.

O casi.

— ¡Para! —exclamó él—. Tengo que pensarlo.

—No, príncipe. No hay tiempo para pensar.

Delaney sintió su masculinidad palpitando dentro de ella y todo su

cuerpo se incendió. Se retorció debajo de él y notó que él la sujetaba por las caderas.

—Delaney, te estoy avisando.

Ella se fijó en la tensión de su cara, el oscurecimiento de sus ojos y las gotas de sudor que cubrían su frente y supo que estaba luchando contra el deseo.

Había llegado el momento de terminar con aquélla lucha. Ella quería sus recuerdos.

Levantó el cuerpo para capturar su boca, y antes de que él pudiera apartarse, acarició sus labios con la lengua. Cuando él dejó escapar un gemido, ella metió su lengua en su boca y lo acarició de la misma manera en que lo había hecho él. Sabía que en cuanto controlara su boca, no habría vuelta atrás y Jamal cedería.

El emitió un profundo gemido y la sujetó por las muñecas, pero no interrumpió el beso. Después, deslizó las manos hasta sus caderas, la levantó hacia él y con un fuerte empujón, la llenó completamente.

Delaney jadeó al sentir una punzada de dolor, pero esta remitió cuando Jamal comenzó a moverse dentro de ella.

Jamal apartó la cara y la miró fijamente.

—Te hago mía —gruñó mientras la tomaba tal y como había soñado desde el primer día.

Continuó entrando y saliendo de ella, sin dejar de sujetarla y Delaney cerró los ojos para dejarse llevar por el placer que él le estaba dando. Clavó las uñas en sus hombros y rodeó su cintura fuertemente con las piernas.

Cuando abrió los ojos, vio que él la miraba.

—Si me haces tuya, yo te hago mío, Jamal —susurró ella.

Aquellas palabras hicieron que la cabeza de Jamal diera vueltas. Sabía que hablaba en serio.

Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás, sentía que su cuerpo conectaba con el de ella, convirtiéndose en parte de él y se sintió arrastrado hacia un lugar al que no quería ir.

En su cabeza, escuchó los gemidos de placer de Delaney mientras él continuaba llenándola una y otra vez. Viajó con ella a un lugar al que no había ido con ninguna mujer, y cuando sintió que la punta de la lengua de Delaney acariciaba su cara y se deslizaba hacia su cuello, supo que siempre recordaría aquello, pero que los recuerdos no serían suficiente.

—¡Jamal!

Sintió que ella se tensaba, temblaba y se agarraba a él con fuerza mientras lo mojaba con el líquido de su amor.

Jamal inspiró profundamente para inhalar su femenino aroma y sintió cosas que nunca había experimentado con una mujer, hasta el punto que no pudo pensar. Solo era capaz de sentir.

Jamal emitió un profundo gruñido cuando todo a su alrededor explosionó, uniéndolos aún más mientras una increíble gratificación sexual sacudía sus cuerpos.

Y por primera vez en su vida, Jamal sintió un placer que nublaba su mente y relajaba su cuerpo.

Sabía que nunca se saciaría de aquella mujer.

Capítulo Nueve

Jamal se despertó a la luz de las velas. Miró a la mujer que aún yacía en sus brazos y pensó que estaba disfrutando de un merecido descanso.

Después de hacer el amor por primera vez, ambos se habían quedado dormidos y una hora más tarde se habían despertado, tan hambrientos el uno del otro como la primera vez.

A Jamal le había preocupado que fuera demasiado pronto para ella, pero Delaney tomó el asunto en sus manos y, sentándose sobre él, lo había seducido hasta el punto en que él la tumbó boca arriba y le dio lo que ambos querían. Y una vez más, experimentó con ella lo que no había sentido nunca con ninguna mujer. Jamal sabía que cuando se separaran, no encontraría la paz; Delaney siempre sería un recuerdo imborrable para él.

En el pasado, después de hacer el amor con una mujer, Jamal rápidamente la hacía marchar para poder ducharse y librarse del aroma del sexo. Pero en aquel momento, el único sitio donde quería que ella estuviera era en sus brazos, y no sentía la necesidad de ducharse.

Jamal observó la forma en que aún estaban abrazados el uno al otro, no queriendo soltarse. Alargó una mano y le apartó un mechón de pelo de la cara, mientras pensaba en lo tranquila que parecía mientras dormía. Tenía la misma expresión de felicidad que el día en que se desmayó cuando la besó.

Jamal le había hecho el amor a otras mujeres occidentales, pero nada le había preparado para una mujer como Delaney Westmoreland. Ella era una mujer que se mantenía firme en sus convicciones y que lo llamaba «majestad» con una altanería completamente falta de respeto para un hombre de su posición y condición. No dudaba en hacerle saber que no le importaban en absoluto aquellas cosas y que aunque fuera un príncipe árabe, para ella solo era un hombre. Ni más ni menos. Otras mujeres cedían fácilmente y dejaban que él se saliera con la suya con demasiada facilidad. Pero aquel no era el caso con la apasionada, provocativa y espabilada Delaney.

Además estaba el hecho de que se había entregado a él siendo virgen. Jamal nunca se habría planteado aquella posibilidad, sobre todo con el cuerpo tan maravilloso que tenía y sus convicciones liberales. Aquella mujer estaba llena de sorpresas.

Jamal se movió cuando notó que empezaba a excitarse otra vez, porque por mucho que deseara tomarla de nuevo, también tenía que cuidar de ella, y lo mejor para su cuerpo en aquel momento era un buen baño caliente.

—Delaney —susurró y la despertó con suavidad.

Ella abrió los ojos somnolientos y lo miró; sus labios, que estaban hinchados por los besos, se dibujaron en una sonrisa. Aquella sonrisa le llegaba hasta lo más profundo, además de excitarlo, y Jamal vio la sorprendida expresión de su cara cuando se dio cuenta de que su cuerpo estaba otra vez listo para poseerla.

Tenía que detener aquella locura; Jamal sentía que su cuerpo comenzaba a ser adicto a Delaney, así que intentó separarse, pero ella lo sujetó con la pierna.

—Deberías darte un baño caliente —dijo él frunciendo el ceño, e intentando hacerla razonar.

Delaney movió la cabeza.

—No. Quizá más tarde —dijo ella en un tono seductor.

—No. Ahora. Además, debo ponerme otro preservativo antes de volver a hacerlo. Sino, corremos el riesgo de tener un accidente.

Jamal pensó que aquella explicación la devolvería el sentido común, pero no lo hizo.

Sintió cómo lo acariciaba y lo provocaba.

La miró furioso, odiándose a sí mismo por desearla tanto. Ella estaba torturándolo y lo sabía.

— ¿Eres consciente de lo que estás pidiendo?

Ella lo miró a los ojos.

—Sí —murmuró Delaney, mientras su cuerpo lo envolvía en un estado de impensable placer—. Te quiero a ti, Jamal.

—Delaney…

Aquellas palabras incendiaron el cuerpo de Jamal, y mientras capturaba la boca de Delaney con la suya, entró de lleno en su cuerpo para darle lo que estaba pidiendo.

— ¡Qué maravilla! –dijo Delaney, recostándose contra la bañera.

Después de hacer el amor, Jamal la había tomado en brazos y la había llevado afuera, a la bañera de agua caliente y los dos se habían metido en ella.

—Te aliviará el escozor —dijo Jamal, mirándola.

Se había sentado enfrente de ella, a una distancia prudencial ya que no se fiaba de sí mismo si estaba cerca de ella.

—Creo que sobreviviré, Jamal. No soy una mujer débil.

Jamal se rio y pensó que aquello era un eufemismo.

—Desde luego que no. Eres muy fuerte.

Delaney enarcó una ceja, no sabía si aquello era un cumplido o un insulto; sabía que Jamal estaba acostumbrado a mujeres dóciles y sumisas. Dudó que ella jamás fuera así.

Miró a su alrededor y vio que el sol se estaba poniendo y estaba oscureciendo.

—¿Estás seguro de que no pasará nada porque estemos desnudos

aquí afuera? ¿Y si nos ve alguien?
—Eso no es un problema para mí.
Delaney hizo un gesto de desesperación con los ojos.
—Pero para mí, sí lo es.
Jamal se recostó contra la bañera y cerró los ojos.
—Tal y como tú dijiste el primer día, esto es propiedad privada. Además, pueden mirar todo lo que quieran, pero será mejor que no intenten tocar.
Delaney lo miró fijamente.
—¿No te estás volviendo un poco posesivo?
Jamal abrió los ojos lentamente y la miró.
—Sí.
Su actitud en aquel sentido era algo que ni él mismo comprendía. Nunca había sido posesivo con una mujer, ni siquiera con Najeen, y aquello no le gustaba.
—Háblame de tu trabajo —dijo él para cambiar de tema.
Delaney pasó la siguiente media hora hablándole de los dos años como médico residente que tenía por delante en el departamento de pediatría de un hospital.
Aquella noche y largo rato después de que Delaney se hubiera dormido, Jamal continuaba despierto. Por alguna razón, la idea de que algún día ella dormiría en los brazos de otro hombre lo molestaba. Y cuando finalmente se durmió, su cabeza aún luchaba contra el instinto posesivo que sentía por aquella guapa mujer.
—Tengo la sensación de que te ha gustado la película —dijo Jamal cuando detuvo el coche de Delaney junto a la cabaña.
Ella sonrió seductoramente.
— ¿A qué mujer no le gustaría una película en la que aparece Denzel Washington?
Jamal la miró fijamente y se sorprendió por la punzada de celos que sentía.
—Te gusta mucho, ¿verdad?
—Pues claro –dijo ella, mientras se bajaba del coche y subía por las escaleras del porche.
Jamal frunció el ceño.
— ¿Saldrías con él si te lo pidiera? —preguntó él.
Delaney se detuvo y se dio la vuelta. Observó la expresión de Jamal y al ver que fruncía el ceño y que apretaba los dientes se dio cuenta de una cosa: ¡estaba celoso!
Sonrió para sus adentros y pensó que si aquello era cierto, entonces quizá ella le importaba algo. Pero entonces una voz le dijo que quizá también la viera como una simple posesión después de haberse acostado con ella.
—Sí. Saldría con él —contestó Delaney y vio que su expresión se

hacía más seria aún—. Sin embargo, no tengo intención de perder el sueño esperando a que ocurra un milagro. Además, no creo que tuviera una cita con ninguna mujer ya que está casado —le explicó—. ¿Por qué quieres saberlo?

—Por curiosidad –dijo él, mientras pasaba por su lado.

Delaney se quedó callada mientras lo seguía hasta el porche. Aquella mañana cuando se despertó, él ya se había levantado y estaba practicando *kickboxing*. Después, los dos habían desayunado juntos mientras hablaban y él le había sugerido ir al cine a media mañana.

Ella sabía que su intención había sido la de estar el máximo tiempo posible fuera de la cabaña para no sentirse tentado de volver a hacerle el amor. Quería darle un descanso a su cuerpo antes de volver a hacerlo, aunque ella había intentado convencerlo que su cuerpo es taba perfectamente.

Delaney suspiró. Había llegado el momento de tomar aquel asunto en sus manos.

Jamal apretó los puños cuando se hizo a un lado para dejar pasar a Delaney. No comprendía por qué sentía aquellos celos irracionales y se enfadaba; él estaba familiarizado con la fascinación de las mujeres occidentales por las estrellas de cine y los deportistas. Pero le molestaba pensar que Delaney también era así.

Cerró la puerta tras de ellos y la observó mientras ella dejaba su bolso en el sofá. Le gustaba el traje que se había puesto para salir: Delaney sabía cómo vestirse para lucir sus atributos. El corto vestido azul que le llegaba por encima de las rodillas dejaba a la vista unas piernas bien formadas y sus sandalias de tacón alto eran tan sexys que lo distraían continuamente...

Jamal movió la cabeza y se preguntó cómo había sido capaz de plantearse la posibilidad de no hacerle el amor en todo el día.

— ¿Te apetece una sopa y un sándwich, Jamal?

Jamal tragó saliva, su fuerza de voluntad empezaba a flaquear y tuvo que hacer un esfuerzo por apartar la mirada de sus piernas y centrarse en su cara.

—Sí, y me gustaría ayudarte. Delaney sonrió.

—Parece que empieza a gustarte la cocina.

Jamal frunció el ceño. Quiso decirle que en realidad lo que le gustaba era estar con ella.

—Las cosas no siempre son lo que parecen, Delaney.

Ella lo estudió durante un momento y después se dirigió hacia la cocina. El la siguió, haciendo un esfuerzo por no fijarse en la forma en que su vestido se ajustaba a sus caderas mientras caminaba.

— ¿Quieres picar la verdura para la sopa?

La cabeza de Jamal volvió a la realidad en aquel momento; le pareció haberla oído hablar, pero no estaba seguro.

— ¿Has dicho algo?
Ella se detuvo y se dio la vuelta. Sus ojos le sonreían cariñosamente como si fuera tonto.
—Te he preguntado que si quieres cortar la verdura para la sopa que voy a hacer.
—Por supuesto. Estoy a tu disposición para cualquier cosa que necesites.
— ¿Eres siempre tan amable con las mujeres con las que te acuestas?
Jamal se tensó. No le gustó aquella pregunta y se preguntó por qué se la habría hecho. Mientras estaba con ella, no quería pensar en otras mujeres.
—Muchas personas me consideran un hombre amable, Delaney –dijo él sin dejar de mirarla. No mordería el anzuelo.
Ella asintió y continuó hacia la cocina.
Delaney dejó de remover los ingredientes que había echado a la olla y miró a Jamal, que estaba junto a la encimera cortando la verdura.
— ¿Cómo vas?
Él levantó la cabeza y la miró.
—Casi he terminado.
—Bien. En unos minutos los echaremos a la flama.
—Huele muy bien. Estoy seguro de que sabrá mejor aún.
Delaney se encogió de hombros.
—No hay nada como algo que huela bien y sepa mejor —dijo ella y volvió su atención a la olla.
Jamal estaba haciendo un esfuerzo por no recordar lo bien que olía y sabía Delaney. También intentaba no recordar otras cosas...
Terminó de picar furiosamente un tomate y se dirigió con el resto de la verdura hacia donde estaba Delaney. Estaba irritado consigo mismo por no ser capaz de controlar sus pensamientos, sentía que estaba perdiendo el control.
Delaney se dio la vuelta, sonrió y tomó el plato con las verduras que él tenía en las manos.
—Lo has hecho muy bien –dijo ella, mientras lo echaba todo a la olla—. Ahora solo tenemos que esperar a que dé un hervor y dejarlo cocinar un rato.
Jamal asintió. Estuvo a punto de decirle que él estaba casi hirviendo debido al calor femenino que ella generaba. Durante los últimos treinta minutos había intentado distraerse para no mirarla; cada movimiento suyo lo excitaba. Cuando Delaney se estiró para buscar unos ingredientes en el armario, su ya de por si corto vestido se había subido, dejando a la vista sus muslos y él había comenzado a sudar. Aquella visión era la tentación personificada.
— ¿Qué clase de sopa estás haciendo? — Preguntó él, acercándose

un poco más.

—Sopa de verduras.

Jamal sintió que su entrepierna palpitaba por la intensidad de su deseo. Se obligó a sonreír.

—Parece muy sencillo. Me preguntó por qué no he pensado en ello.

Delaney colocó una tapadera sobre la olla, bajó el fuego y se dio la vuelta para mirarlo.

—Quizá tengas otras cosas en la cabeza –dijo ella y se dirigió al fregadero.

Jamal la siguió. Debería haber previsto que ella estaría un paso por delante de él.

— ¿Y en qué crees que estoy pensando? —le preguntó, mirándola fijamente.

Delaney se encogió de hombros.

—No leo las mentes, Jamal.

—No –dijo él, recorriéndola con la mirada—. Porque estás demasiado ocupada seduciéndome.

—No es cierto.

—Sí lo es. ¿Acaso crees que no me he dado cuenta de lo que has estado haciéndome durante la última media hora?

Por un momento ninguno dijo nada, mientras sus miradas se encontraban.

—¿Y ha funcionado? —preguntó ella, seductoramente.

Jamal se acercó a ella mientras murmuraba algo. Alargó el brazo y la atrajo hacia sí para demostrarla que su treta había funcionado.

—¿Tú qué crees?

Ella gimió suavemente y separó las piernas, quería sentir su dureza entre sus piernas. Incluso con la ropa puesta, sintieron el calor que ambos generaban.

Delaney entrecerró los ojos.

—Creo que deberías darle a tu cuerpo lo que pide y dejar de hacerte el duro para conseguirlo.

Jamal inclinó la cabeza y acarició sus labios con la lengua.

—Intentaba darte un descanso.

La respiración de Delaney se aceleró al sentir su lengua saboreando sus labios.

—No quiero descansar. Mi cuerpo está perfectamente. Lo único que necesita es a ti —dijo ella en voz baja—. Quiero que me hagas el amor y me satisfagas. Quiero sentirte dentro de mí, Jamal. Ahora.

Al oír aquello, Jamal la besó con una intensidad que lo abrumó. La tomó en brazos y rápida mente cruzó la cocina para dejarla sobre la mesa; le subió el vestido hasta la cintura y le quitó las bragas.

Como un hombre desesperado, se bajó la cremallera de los pantalones y le separó las piernas. Después, la acercó hacia él y la

penetró.

—¡Sí! —exclamó él, echando la cabeza hacia atrás al sentir el calor de Delaney rodeándolo.

—Me vuelves loco, Delaney –dijo él, cerrando los ojos mientras la sujetaba las caderas para que no se moviera.

Quería disfrutar de su tacto y quedarse allí, entre sus piernas, atrapado dentro de ella.

—No te muevas —le ordenó al sentir que ella se movía—. Déjame sentirme dentro de ti; quiero sentir cómo me mojas y me aprietas.

Jamal inhaló su aroma. Era como un afrodisíaco que intensificaba su deseo sexual.

—Túmbate —susurró él con la voz ronca y la sujetó de las caderas mientras lo hacía.

Cuando estuvo echada boca arriba sobre la mesa, él se inclinó sobre ella y la atrajo hacia sí, entrando en su cuerpo hasta el fondo. Jamal abrió los ojos cuando notó que sus muslos temblaban y que abría las piernas para rodearlo por la cintura.

El poco control sobre sí mismo que le quedaba desapareció cuando agachó la cabeza y la besó. Cerró los ojos y comenzó a hacerle el amor como si fuera la última vez: se sentía hambriento, obsesionado y poseído. Pensó que no podría pasar ni un solo día sin hacerle el amor y por un momento pensó en la posibilidad de llevársela a Tahran con él, a la fuerza si hacía falta. Quería estar con ella para siempre.

Para siempre.

Jamal abrió los ojos y maldijo en árabe y en bereber. No podía creer el camino que habían tomado sus pensamientos. Con él, nada era para siempre, sobre todo si se trataba de una mujer. Pero cuando arqueó la espalda hacia atrás para entrar completamente en su cuerpo, supo que su actitud hacia ella era distinta. Su cuerpo parecía pensar por sí mismo. Quería poder devorarla siempre.

La intensidad sexual barrió su cuerpo y pensó que nada había sido ni sería, comparable a aquello.

Unos minutos más tarde, cuando Delaney alcanzó el clímax y gritó, Jamal inhaló su aroma femenino al mismo tiempo que él explotaba dentro de ella. Fue entonces cuando se dio cuenta de que no se había puesto un preservativo. Pero ya era demasiado tarde para hacer algo ya que no tenía intención de retirarse, así que continuó sembrando su semilla en el cuerpo de Delaney.

Apretó los dientes cuando la penetró con fuerza, quería darle todo lo que era suyo, todo lo que no le había dado nunca a ninguna mujer. Finalmente admitió para sí mismo que lo que estaba compartiendo con ella iba más, allá de la simple satisfacción del apetito sexual.

De alguna manera, ella había encontrado la forma de limar su resolución y sus emociones. Sentía que sus defensas se derretían y que

el escudo alrededor de su corazón se derrumbaba. Y cuando se dio cuenta de lo que le estaba ocurriendo, la sorpresa sacudió su cuerpo, intensificando su clímax.

Después, otra emoción, aquella más fuerte y poderosa, se adueñó de él. Hasta aquel momento había sido una emoción extraña para él, pero en aquel instante sintió que invadía todo su ser.

El amor.

Jamal la amaba.

Capítulo Diez

La siguiente semana pasó deprisa mientras Jamal y Delaney disfrutaban del tiempo que pasaban juntos.

Una mañana, poco antes del amanecer, el teléfono móvil de Jamal sonó. Automáticamente, alargó la mano hacia él porque sabía quién se ría.

–Hola, Asalum.

Jamal sintió que Delaney se movía, sus brazos estaban fuertemente apretados alrededor de su cuerpo y sus piernas enredadas en las suyas. La noche anterior habían cenado en el jardín para disfrutar de la belleza de la luna y su reflejo sobre el lago. Más tarde, habían hecho el amor durante toda la noche.

Algo de lo que dijo Asalum captó la atención de Jamal.

—Repite eso —dijo, incorporándose inmediata mente—. ¿Cuándo? —preguntó mientras se ponía de pie y buscaba su bata.

Jamal se volvió para encontrarse con la inquisitiva mirada de Delaney.

—Llamaré a mi padre enseguida, Asalum—dijo y colgó.

Suspiró pesadamente y se sentó en el borde de la cama mientras alargaba los brazos hacia Delaney. Antes de que pudiera preguntarle nada, la besó.

—Buenos días, Delaney —susurró él y la abrazó con ternura.

—Buenos días, príncipe –dijo ella sonriendo, pero enseguida frunció el ceño—. ¿Ocurre algo?

Jamal se movió para recostarse en el cabecero, llevándose a Delaney con él.

—No lo sabré hasta que no hable con mi padre. Antes de venir a este país, estuve involucrado en unas importantes negociaciones relativas a varios países que colindan con el mío. Tras tres meses de discusiones, todo el mundo pareció satisfecho. Pero según Asalum, el jeque de uno de esos países está intentando echarse atrás en el acuerdo.

Delaney asintió.

—En otras palabras, está causando problemas y siendo un dolor de cabeza.

Jamal se río. Le gustaba la forma en que Delaney expresaba las cosas.

—Sí. Así es.

Delaney lo besó en los labios y se bajó de la cama.

—¿Adónde vas? —preguntó él, cuando ella comenzó a recoger su ropa del suelo.

Delaney se dio la vuelta y le dedicó una sonrisa.

—Me voy a dar una ducha. Sé que tienes que hacer una llamada importante, así que quiero dar privacidad mientras lo haces.

El sonrió y la recorrió con la mirada.

— ¿Sin distracciones?

—Sí —dijo ella, riéndose también—. Puedes hacerme compañía en la ducha cuando termines—añadió, mirándolo seductoramente.

Jamal no terminó a tiempo para ducharse con Delaney. Al hablar con su padre, descubrió que la situación era más seria de lo que había pensado y tenía que volver a Tahran inmediata mente.

Había llamado a Asalum para darle instrucciones para que preparara la vuelta a su país. Toda su vida había sabido lo que se esperaba de él cuando el deber lo llamaba, pero aquella era la primera vez que había algo importante en su vida y que lo era todo para él.

No le había dicho a Delaney cómo se sentía porque aquellas emociones eran nuevas para él y no estaba seguro de que fueran a cambiar nada. Sus vidas eran completamente distintas y nunca tendrían un futuro juntos. Pero no sabía si sería capaz de dejarla.

Sabía que de alguna manera tenía que dejarla marchar. Ella nunca sería su reina y la amaba demasiado para pedirle que fuera su amante, sobre todo sabiendo lo que pensaba ella al respecto. Además, estaba el otro problema que su padre le había puesto entre manos. El viejo jeque de Kadahan quería que Jamal se casara con su hija en cuanto pudiera. La idea de casarse, que apenas unas semanas atrás habría aceptado como su deber, en aquel momento lo irritaba. No le gustaba la idea de tener otra mujer en su vida que no fuera Delaney, así como tampoco le gusta la presión de su padre para que volviera a casa y considerara su matrimonio con Raschida Muhammad, princesa de Kadahan, inmediatamente, solo para satisfacer al padre de esta.

Jamal movió la cabeza. ¿Por qué tantas prisas para la boda? < qué el jeque Muhammad tenía tanta prisa por casar a su hija? Jamal le había planteado aquellas preguntas a su padre y la única respuesta que había obtenido era que la salud del jeque era débil y quería asegurarse de que su hija, además de sus súbditos, estaban en buenas manos en caso de que le ocurriera algo a él.

Jamal se negaba a creer que el jeque tuviera problemas serios de salud. Había pasado tres meses con aquel hombre mientras duraron las negociaciones y el jeque había estado viendo a su amante francesa durante todo aquel tiempo.

Apretó los puños y se preguntó qué estaría pasando. De repente se sintió como un condenado y deseó que hubiera algún otro jeque con el que la princesa pudiera casarse. Por una vez, no quería adoptar el papel del cordero que se sacrifica.

Jamal inspiró profundamente. No podía hacer otra cosa más que volver a Tahran. Parecía que la vida le hubiera echado el mal de ojo y

se sintió frustrado y turbado. Estaba a punto de dejar a la única mujer a la que había amado para casarse con otra por la que no sentía nada, y una parte de él se sintió morir al pensar aquello, pero sabía cuál era su deber.

También sabía que tendría que decirle la verdad a Delaney. Era lo menos que podía hacer. Ella se merecía su sinceridad. Era muy probable que los medios de comunicación se hicieran eco de aquel matrimonio, y no quería que ella se enterara de aquella manera.

Le llevó unos minutos retomar el control de sí mismo. Después, salió de la habitación en busca de Delaney.

No estaba en la cabaña, así que decidió caminar hacia el lago en su busca. El día era cálido y soleado.

Jamal se detuvo cuando la vio. Estaba sentada en el muelle, con las piernas colgando y sus pies jugaban con el agua. Una ligera brisa revolvió el pelo por su cara y ella se lo echó hacia atrás.

Jamal se apoyó contra un árbol y continuó observándola. Viéndola allí sentada, en paz y serena, Jamal pensó que era la visión más maravillosa que había visto y quiso guardar aquella imagen para siempre en su cabeza.

Sintió que un escalofrío recorría su cuerpo. La amaba con una fuerza que no había creído posible y sin embargo tenía que dejarla marchar porque el deber lo llamaba.

Se obligó a caminar hacia ella y cuando llegó a su lado, susurró su nombre. Delaney se dio la vuelta y lo miró. La mirada de sus ojos y la expresión de su cara lo decían todo: no sabía el porqué, pero sabía que él se tenía que marchar.

Y por la forma en que sus labios temblaban y por cómo lo miraba, Jamal supo lo que sentía sin que ella dijera nada. El mensaje silencioso de sus ojos se lo dijo todo, al igual que sabía que el mensaje silencioso en los suyos le mostraba su alma. Por primera vez, bajó la guardia… solo por ella.

Ambos habían jugado y ambos habían ganado, pero al mismo tiempo habían perdido. Habían conseguido más de lo que se habían apostado: sus corazones. Y en aquel momento lo estaban perdiendo todo, la oportunidad de estar juntos.

—Ven aquí —susurró él y Delaney se puso de pie y lo abrazó.

Jamal la sujetó con fuerza, como un hombre moribundo que toma su último trago; la estrechó contra él y sintió su respiración entrecortada y el temblor de su espina dorsal. Pero en aquel momento, lo único que quería era abrazarla y sujetarla cerca de su dolorido corazón.

Estuvieron allí de pie durante un largo rato. Después, él dio un paso hacia atrás y la miró, preguntándose cómo sobreviviría los siguientes días, semanas, meses y años sin ella. Se preguntó cómo una mujer a la

que apenas hacía tres semanas que conocía, había cambiado su vida de aquella manera.

Tragó saliva para deshacer el nudo que tenía en la garganta.

—El deber me llama.

Ella asintió mientras lo miraba.

—Hay algo más aparte del problema con el jeque del país vecino, ¿verdad?

Jamal la miró a los ojos y un profundo pesar se reflejó en su mirada.

—Sí. Tengo que volver a casa para casarme.

Jamal la observó mientras ella inspiraba profundamente sin decir nada. Sus facciones reflejaron dolor aunque sabía que intentaba ocultarlo.

— ¿Cuándo te marchas? —preguntó ella en voz baja.

Jamal pensó que podía sentir cómo el suelo se abría bajo sus pies cuando contestó.

—En cuanto Asalum tenga todo listo.

Ella intentó sonreír a través de las lágrimas.

—¿Necesitas ayuda con el equipaje, Majestad?

Una punzada de dolor atravesó su corazón. Aquella era la primera vez que lo llamaba majestad sin imprimirle un tono altanero a su voz.

Jamal tomó su mano y se la llevó a los labios.

—Me sentiría honrado disponer de tu ayuda, princesa mía —dijo él con la voz ronca por la emoción y el amor que sentía.

La abrazó de nuevo y la besó. Su boca era dulce y la besó como había hecho tantas otras veces, dándole todo.

Sin interrumpir el beso, la tomó en brazos y la llevó hacia la hamaca. La deseaba y la necesitaba en aquel mismo instante, y ella tenía las mismas necesidades que él. Ambos se quitaron la ropa con rapidez y después Jamal la echó sobre la hamaca, boca arriba; Sentándose a horcajadas sobre ella, utilizó las piernas para equilibrar la hamaca antes de penetrarla. Estuvo a punto de explotar antes de llegar hasta dentro.

Jamal sintió que todo su cuerpo se llenaba de amor mientras entraba en ella más y más. Todos sus pensamientos estaban concentrados en ella.

Y cuando ella lo rodeó con las piernas y pasó los brazos por detrás de su cuello, Jamal supo que ella era lo único que necesitaba y lo único que nunca podría tener.

Pero sus recuerdos durarían toda la vida.

Comenzó a moverse dentro de ella con ímpetu; su pasión había alcanzado el grado máximo. Aquella quizá fuera la última vez que le hiciera el amor.

Una y otra vez, entró y salió del cuerpo de Delaney. Y bajo el cielo azul y la luz del sol, Jamal le hizo el amor a Delaney con una urgencia

que los abrumó a los dos.

En los profundos recovecos de su mente, Jamal oyó a Delaney gritar cuando alcanzó el clímax, no una, ni dos, sino tres veces antes de que él mismo explotara, dejando que olas de sensaciones barrieran su cuerpo y llenando completamente el cuerpo de ella.

Hincó los talones en el suelo para equilibrar la hamaca mientras sujetaba sus caderas con fuerza y experimentaba el máximo placer sexual con la mujer a la que amaba.

Jamal y Delaney oyeron el ruido del coche de Asalum cuando este aparcó junto a la cabaña. El sirviente había telefoneado un poco antes para decir que había llegado un avión privado para llevar al príncipe de vuelta a su país y esperaba en el aeropuerto.

Después de hacer el amor en la hamaca, habían entrado en la cabaña para ducharse y habían vuelto a hacer el amor. Después, ella se sentó en el borde de la cama mientras Jamal se vestía con el atuendo típico de su país e intentó no pensar en que pronto, otra mujer sería la que estaría a su lado.

Cuando terminó de vestirse, Delaney lo ayudó a hacer el equipaje. No intercambiaron ni una palabra, porque no quedaba nada por decir. Jamal tenía que cumplir con su deber.

Delaney inspiró profundamente. Siempre supo que aquel día llegaría, pero ella había contado con pasar una semana más con él y aquello ya no era posible. Había llegado el momento de que él regresara a su vida, sin ella, para casarse con otra mujer.

Delaney levantó la vista y vio que Jamal la es taba mirando. Se había propuesto que la despedida fuera fácil, pero en aquel momento...

—¿Me acompañas hasta el porche?

–Sí.

Delaney sintió que se le formaba un nudo en la garganta. Cruzó la habitación y poniéndose de puntillas, lo besó en los labios.

—Cuídate, Jamal.

El alargó la mano y le apartó el pelo de la cara. Una cara que recordaría siempre.

—Tú también —dijo e inspiró profundamente—. Ha habido veces en las que no he tomado precauciones, Delaney. Si llevas a mi hijo en tu vientre, quiero saberlo. He dejado el número de teléfono de Asalum en la mesilla de noche, él sabe cómo localizarme. Prométeme que llamarás si llevas a mi heredero en tu interior.

Delaney miró a Jamal con los ojos llenos de preguntas.

—No importa —dijo él, suavemente—. Si estás embarazada, el hijo es mío y lo reconoceré como tal. Tu hijo será nuestro hijo y lo amaré... tanto como te amaré a ti, su madre, siempre.

Al oír aquella declaración de amor, Delaney dejó que las lágrimas cayeran por sus mejillas.

No había tenido intención de dejarle saber qué sentía, pero no podía marcharse sin hacerla saber lo mucho que había significado para él el tiempo que habían pasado juntos. Quería que supiera que se había enamorado de ella.

—Yo también te amo, Jamal —susurró ella, mientras lo abrazaba fuertemente.

Jamal asintió.

—Sí. Pero esta es una de esas ocasiones en que el amor no es suficiente —dijo él bruscamente—. El deber está antes que el amor.

Asalum tocó el claxon, avisándolos de que había llegado el momento de partir. Delaney lo acompañó hasta la puerta y se quedó mirando mientras su sirviente lo ayudaba con el equipaje. Después, Jamal se dio la vuelta para mirarla, con una pequeña caja que Asalum le había dado, entre las manos.

Volvió al porche y le entregó la caja.

—Esto es algo que le pedí a Asalum que viniera con el avión. Es algo que quiero que tengas, Delaney. Acéptalo, no como un regalo por lo que ha ocurrido entre nosotros, porque nunca pondría precio a lo que hemos compartido, sino como una demostración de mi imperecedero amor por ti —dijo Jamal—. Y cuando necesites recordar lo mucho que te amo, simplemente míralo —añadió y abrió la caja.

Delaney contuvo la respiración. En la caja había un anillo con el diamante más grande que había visto. Pero lo que llamó su atención, fue la inscripción que había en el interior: Mi Princesa.

—Pero.., no puedo aceptarlo.

—Sí puedes, Delaney. Perteneció a mi madre y es mío para dárselo a la mujer que yo elija.

—Pero la mujer con la que te vas a casar...

—No. Ella es una esposa impuesta. En mi corazón, tú eres la mujer a la que amo y con la que me casaría si pudiera elegir. Es mío y quiero dártelo a ti.

Delaney movió la cabeza al sentir que las lágrimas nublaban sus ojos.

—Es demasiado, Jamal. Es demasiado especial

—Porque tú eres demasiado y eres muy especial, Delaney. No importa quién camine a mi lado, recuerda que las cosas no son lo que parecen. Mi corazón siempre será tuyo.

Jamal inclinó la cabeza y la besó tiernamente por última vez, antes de volver al coche. Antes de entrar, miró por encima de su hombro y se despidió con la mano.

Delaney hizo lo mismo y se quedó clavada en el sitio mientras miraba cómo desaparecía el coche. Recordó que él en una ocasión dijo que no le gustaba dejar nada roto.

Evidentemente, aquello no incluía su corazón.

Se quedó mirando hasta que ya no pudo ver el coche y entonces dio rienda suelta a sus lágrimas.

Cuando Delaney regresó de su paseo, el sol ya se estaba poniendo.

La cabaña tenía demasiados recuerdos y no se había sentido con fuerzas para volver a entrar después de que Jamal se marchara, así que había salido a caminar. Pero tampoco encontró paz en aquello.

Todos los caminos tenían algún recuerdo de Jamal.

Ya lo echaba de menos, lo añoraba y lo deseaba. Le habría gustado decirle muchas cosas, pero nada habría tenido importancia.

Jamal había escogido el deber por encima del amor.

Delaney sintió que su corazón se hundía, pero una parte de ella comprendía lo que había ocurrido y lo aceptaba. Siempre supo que las cosas acabarían de aquella manera porque no había otra posible.

Jamal había sido totalmente sincero con ella desde el principio y no le había dado falsas esperanzas, ni promesas vacías.

El era un hombre de honor y una persona cuya vida no le pertenecía, de manera que tampoco podía ser de ella.

Suspiró cuando llegó al porche y recordó todas las veces que habían desayunado allí, sentados en las escaleras y disfrutando del sol. También recordó el momento concreto en que la hizo reír justo antes de besarla con pasión.

Inspiró profundamente. Sabía que no podía quedarse en la cabaña por más tiempo, así que después de tomar la decisión de marcharse, subió las escaleras y entró para hacer el equipaje.

Capítulo Once

Jamal miró por la ventanilla del avión privado mientras aterrizaban en el aeropuerto de Tahran. En cualquier otro momento le habría gustado volver a casa, pero aquella noche era una excepción. Su corazón aún lloraba por Delaney.

¿Qué estaría haciendo? ¿Estaría pensando en él como él pensaba en ella?

—Es hora de desembarcar, Majestad.

Jamal levantó la mirada y se encontró con la preocupada expresión de Asalum. Solo alguien tan cercano a él como su sirviente podía darse cuenta de su dolor. Volvió a mirar por la ventanilla y se quedó callado durante un rato.

—Ya no tengo una obsesión, Asalum.

— ¿Y que es ahora, Majestad?

—Depresión.

Asalum movió la cabeza. Ya se había dado cuenta de que la pérdida de la mujer americana estaba teniendo un gran efecto sobre el príncipe.

Jamal se puso de pie lentamente. Se había fijado en la limusina negra que esperaba junto al avión. Como siempre, su padre había enviado a una comitiva para darle la bienvenida. Jamal apretó los dientes y se bajó del avión.

En menos de una hora llegaron al palacio. Después de entrar por las grandes puertas de hierro forjado, la limusina apenas se había detenido cuando una joven y guapa mujer de pelo moreno corrió hacia el coche.

—¡Jamal Ari!

Jamal sonrió por primera vez desde que se había marchado de América y observó a su hermana deteniéndose junto al coche. Esperaba ansiosa a que él se bajara.

Unos instantes más tarde, Jamal se encontró a sí mismo abrazando a su hermana Johari.

—¿Qué bien que hayas vuelto, Jamal Ari. ¡Tengo tantas cosas que contarte! —dijo ella nerviosamente y lo llevó hacia la gran puerta de madera por la que acababa de salir. Jamal movió la cabeza. Si alguien podía sacarlo del estado de ánimo en que se encontraba, aquella persona era Johari.

Más tarde, aquella noche, alguien llamó a la puerta de la habitación de Jamal.

El se había retirado con el pretexto de estar agotado, y su padre había aceptado esperar al día siguiente para hablar.

Jamal había escapado a su apartamento privado, en el ala oeste del palacio.

Rebakkah, le había llevado una bandeja con comida hacía un rato, pero él no había tenido apetito para comer.

Abrió la puerta para encontrarse con su madrastra, Fatimah. Jamal no se sorprendió de verla allí. Al igual que Asalum, Fatimah lo conocía y sabía que algo lo preocupaba. Ella entró en el apartamento y se volvió para mirarlo.

Jamal vio que la preocupación se reflejaba en sus oscuros ojos.

—¿Qué ocurre, Jamal Ari? —preguntó ella suavemente, mientras lo observaba con atención—. No eres tú. Algo te preocupa y quiero que me lo cuentes para que pueda ayudarte.

Jamal se apoyó contra la puerta. No pudo evitar sonreír. Cuando era joven, Fatimah siempre había tenido la capacidad de ayudarlo; incluso si significaba enfrentarse a su padre. Nunca había sido una mujer desobediente, pero siempre le había dicho al rey cómo se sentía respecto a ciertas cosas.

—No creo que puedas ayudarme esta vez, Fatimah —dijo él tranquilamente—. Esto es algo que tengo que solucionar yo solo.

Fatimah lo miró durante un largo instante y asintió, aceptando su derecho a reclamar que ella no interfiriera. Por el momento.

—Sea lo que sea que provoca tu malestar, pronto desaparecerá. He avisado a Najeen de que has vuelto.

Jamal frunció el ceño.

—¿Najeen?

La femenina risa de Fatimah llenó la habitación.

—Sí, Najeen. ¿Te has olvidado de quién es?

Jamal se apartó de la puerta. No quería ver a Najeen, ni a ninguna otra mujer. La mujer a la que él quería, estaba a miles de kilómetros de él.

—Najeen ya no será mi amante —dijo él suave mente.

Fatimah enarcó una ceja.

— ¿Por qué? ¿Has encontrado otra?

—No —dijo Jamal suspirando.

No tenía ganas de dar explicaciones, pero al ver la sorprendida expresión de Fatimah, supo que tendría que hacerlo.

—Enviaré a Najeen de vuelta a su tierra. Me encargaré de que cuiden de ella hasta que encuentre un nuevo benefactor.

Fatimah asintió mientras lo observaba y su preocupación creció. Jamal estaba actuando de una manera muy extraña.

—¿Hay alguna razón para tu decisión?

Jamal levantó la vista y se encontró con la oscura mirada de su madrastra. Y esta vio la ansiedad reflejada en sus ojos. Pero también vio algo más que la alarmó.

— ¿Que ocurre, Jamal Ari?

El cruzó la habitación hacia la ventana; las vistas eran magníficas,

pero por primera vez, no pudo apreciarlas.

—Mientras estuve en América, conocí a alguien. Una mujer que me ha afectado como ninguna otra. Una mujer occidental que inicialmente se enfrentó conmigo a cada momento, una mujer que es tan orgullosa y testaruda como yo —explicó Jamal—. Es una persona totalmente opuesta a mí en ciertas cosas, pero exactamente igual que yo en otras. Y...

Jamal se interrumpió. Fatimah lo observó desde el otro lado de la habitación y vio cómo apretaba los puños; vio la forma en que sus facciones se endurecían y cómo miraba por la ventana sin ver nada.

— ¿Y que?—lo animó ella a seguir.

Lentamente, Jamal se volvió para mirarla y ella pudo ver su atormentada expresión.

—Y alguien de quien me he enamorado perdidamente.

El corazón de Fatimah dio un vuelco, sorprendida.

—¿Una mujer occidental?

—Sí —contestó él.

Fatimah lo estudió.

—Pero a ti nunca te han gustado las mujeres occidentales, Jamal Ari. Siempre pensaste que eran demasiado modernas, testarudas y desobedientes.

Jamal no pudo evitar sonreír al pensar en Delaney. A su manera, ella era todo aquello.

—Sí. Pero aun así, me enamoré de ella.

Fatimah asintió.

—¿Y qué vas a hacer? ¿La amas y vas a casarte con otra?

Jamal inspiró profundamente.

—Debo cumplir con mi deber, y mi deber es hacer lo más conveniente para mi país.

— ¿Y qué hay de tu corazón? —preguntó ella, mientras cruzaba la habitación hacia él. Fatimah lo había querido como a su propio hijo desde el día en que lo conoció, muchos años atrás.

—Tu corazón se parte. Puedo sentirlo.

—Sí —dijo él, sin molestarse en negarlo—. Pero las decisiones de un buen líder no deberían estar dominadas por el corazón, Fatimah. Deberían estar gobernadas por los intereses de sus súbditos. Mis sentimientos no importan.

Fatimah lo miró y se dio cuenta de la frialdad que se apoderaba de él. Sonrió tristemente. Desde que lo conocía, Jamal Ari había tenido cabeza y voluntad propias. Siempre había estado dedicado a su gente, igual que su padre, pero aun así, hacía exactamente lo que le apetecía. Pero en aquel momento, por lo que él consideraba que era lo apropiado para su gente, es taba dispuesto a doblegar su voluntad. Y al hacerlo, se estaba destruyendo a sí mismo.

—En su momento, tu padre pensó igual, pero ahora ha cambiado de opinión —dijo ella, intentando hacerlo razonar antes de que fuera demasiado tarde— Y espero que tú abras tu mente y hagas lo mismo. El amor es una fuerza poderosa que puede doblegar hasta al más fuerte.

Y sin decir nada más, Fatimah se dio la vuelta y salió de la habitación. Cerró la puerta y lo dejó en silencio.

Aquella noche Jamal tuvo un sueño.

Delaney estaba con él en su cama y hacían el amor. Sin importarle no haber tomado precauciones, entró una y otra vez en su cuerpo, deleitándose en la gloriosa sensación de tenerla de bajo de él, de estar dentro de ella. Pudo oír sus gemidos en la oscuridad, e incluso llegó a sentir sus uñas clavadas en sus hombros, y supo lo que más deseaba. Quería dejarla embarazada de su heredero, por si no lo estaba ya. Pudo ver a su hijo, con la piel de color cobre y el pelo moreno y rizado. Sus ojos eran oscuros como el chocolate.

En su sueño continuó haciéndole el amor, sujetándola con firmeza entre sus brazos mientras le susurraba palabras dulces.

A miles de kilómetros de distancia, Delaney estaba teniendo el mismo sueño y cuando se despertó y se dio cuenta de que estaba sola en la cama, se hizo un ovillo hasta que las olas de la pasión amainaron, dejándola temblorosa.

Se quedó allí tumbada, demasiado agitada para moverse. Su sueño había parecido tan real, que era como si Jamal realmente hubiera estado allí con ella, dentro de ella haciéndole el amor. Delaney inspiró profundamente y se bajó de la cama. En el cuarto de baño se mojó la cara con agua fría; aún sentía el calor de su sueño. Se alegró de haber vuelto a su apartamento en vez de ir a casa de sus padres, tal y como sus hermanos le habían sugerido.

Necesitaba estar sola para pensar. Sus hermanos habían cedido a su petición de intimidad, pero sabía que aquello no duraría. Levantó la mirada y se miró en el espejo, tenía los ojos rojos e hinchados. Después de que sus hermanos se marcharan, no sin antes asegurarla que volvería dentro de unas semanas para ver cómo es taba, se había echado sobre la cama a llorar.

Sabía que no podía continuar así. Jamal se había marchado y no volvería, y ella tenía que continuar con su vida. Y la mejor forma de hacerlo era empezando a trabajar. Aunque aún le quedaban dos semanas para empezar, quería hacerlo ya. Telefonearía al jefe de personal para preguntarle si podía incorporarse antes de lo previsto. Lo mejor sería mantener la mente ocupada para dejar de pensar en Jamal.

Jamal se bajó de la cama empapado en un sudor frío. La noche era fresca y el aire lo hacía temblar. Su sueño había parecido tan real... inspiró profundamente, pero no inhaló el aroma del sexo, aquel aroma especial que el cuerpo de Delaney y el suyo generaban. Cerró los ojos

por un momento y recordó su aroma mientras visualizaba en su mente las noches en que ella le había dado placer. Nunca olvidaría su aspecto mientras estaba tumbada boca arriba… esperándolo. Aquellos recuerdos estaban provocando que su cuerpo se endureciera y su respiración fuera entrecortada. Una parte de él maldijo su destino, que había hecho que se separara de ella. Sabía que antes o después habría tenido que marcharse, pero aquello había hecho que cada minuto con ella fuera precioso. El tiempo que habían pasado juntos no había sido suficiente.

Jamal se puso la bata y se dirigió al balcón. Las estrellas cubrían el cielo e iluminaban suavemente el patio del palacio, que con su exuberante vegetación, había sido su escondite favorito cuando era niño. Pero por muy bien que pensara que se escondía, Asalum siempre lo encontraba. Jamal sonrió al recordar aquello y aspiró el aroma de las gardenias y el jazmín.

Después sonrió al preguntarse qué pensaría Delaney del palacio si lo viera. Una parte de él sabía que se sentiría como en casa, y pensó que con sus ideas liberales, daría un soplo de aire fresco al palacio. Por supuesto, escandalizaría a algunos, pero con su ternura, se adueñaría del corazón de otros. De la misma manera en que se había adueñado del suyo. Solo con pensar en ella se sentía atormentado.

Jamal se irguió y suspiró.

Después de hablar con su padre a la mañana siguiente, se marcharía a Kuwait para encontrarse con otros miembros de la coalición y llegar a un acuerdo con el jeque de Caron. Después, viajaría a Ranyaa, sus estados en el norte de África y allí se quedaría hasta que estuvieran listos los preparativos para la boda. No quería estar cerca de nadie más tiempo del necesario.

Quería estar a solas con su sufrimiento.

Capítulo Doce

Delaney devolvió el bebé a su madre.

—Parece que está mejor, señora Ford. Ya no tiene fiebre y la infección de sus oídos parece haber desaparecido.

La mujer movió la cabeza y sonrió.

—Gracias, doctora Westmoreland. Ha sido muy buena con mi hija. Parece que le gusta.

Delaney sonrió.

—A mí también. Para estar seguras, quisiera verla de nuevo dentro de unas semanas.

—De acuerdo.

Delaney observó a la mujer mientras –se marchaba y suspiró. Durante las tres semanas que llevaba trabajando, se había ido acostumbrando a que la llamaran doctora Westmoreland y su corazón daba un vuelco cada vez que lo oía. Todo el duro trabajo y la dedicación a sus estudios estaban siendo recompensados. Estaba haciendo algo que le gustaba y que proporcionaba cuidados médicos a los niños.

Alguien detrás de ella se rio y Delaney se volvió para encontrarse con Tara Matthews. Tara era una compañera de trabajo a la que había conocido en cuanto comenzó a trabajar, y rápida mente se habían hecho amigas.

— ¿Qué te parece tan gracioso? —preguntó Delaney.

—Tú —contestó su amiga—. Realmente te gustan los niños, ¿verdad?

—Pues claro que sí. Soy pediatra, por el amor de Dios.

Delaney apreciaba la amistad de Taray le gustaba. Ambas vivían en el mismo bloque de apartamentos y de vez en cuando iban juntas en coche a trabajar. Y algunos fines de semana habían salido de compras, para después quedarse despiertas hasta tarde viendo una película y charlando. Como tenían la misma edad, compartían los mismos intereses. Normalmente, cuando salía del trabajo y a no ser que hubiera hecho planes con Tara, Delaney se marchaba a casa, se duchaba y se acostaba.

Y cada noche soñaba con Jamal.

—¡Delaney!

Delaney se rio al darse cuenta de que Tara había estado intentando captar su atención.

—Lo siento. ¿Qué decías?

—Te preguntaba que si tenías planes para esta noche.

Delaney negó con la cabeza.

—No. ¿Y tú?

—Tampoco. ¿Te apetece ver la nueva película de Denzel Washington?

Delaney se retorció interiormente y contuvo la respiración. La pregunta de Tara le recordaba que ya la había visto.., con Jamal. Cerró los ojos e intento borrar aquel recuerdo.

—Delaney, ¿estás bien?

—Sí. Estoy bien —contestó ella, abriendo los ojos de nuevo—. Ya la he visto, pero si realmente te apetece verla, podemos ir.

Tara la miró por un instante antes de hablar.

—La viste con él, ¿verdad?

— ¿Con quién? —preguntó ella rápidamente.

—El hombre del que no quieres hablar.

Delaney se quedó callada durante un momento.

—Sí. Tienes razón, no quiero hablar de él.

Tara asintió y alargó la mano para tocar el brazo de Delaney.

—Lo siento. No pretendía curiosear. No tengo ningún derecho.

Delaney movió la cabeza.

—No. No lo tienes —dijo sonriendo—. Sobre todo porque tú también tienes secretos.

Tara sonrió.

—Estamos en paz. Algún día, cuando haya bebido una copa de más, te lo contaré todo.

La expresión de Delaney se tomó seria.

—Y algún día, cuando ya no soporte más el dolor y necesite un hombro sobre el que llorar, te hablaré de él.

—De acuerdo.

—No puedo casarme con la princesa Raschida—dijo Jamal, mirando a su padre a los ojos.

Había vuelto al palacio tras tres semanas de ausencia. Le había llevado todo aquel tiempo tomar unas decisiones que podrían cambiar su vida para siempre. Pero no podía hacer nada; amaba a Delaney y era la mujer con la que quería estar... si ella aún lo quería a él.

El rey Yasir lo miró fijamente.

—¿Te das cuenta de lo que estás diciendo? —le preguntó, mientras se levantaba de la silla.

Jamal miró al hombre que lo había engendrado, un hombre amado, respetado y admirado por muchos; un hombre que haría cualquier cosa por su pueblo y que por encima de todo, creía en el honor.

—Sí, padre —contestó Jamal en voz baja—. Me doy cuenta. Pensé que podría seguir adelante con todo esto, pero ahora sé que no. Estoy enamorado de otra persona y no puedo casarme con la princesa.

El rey Yasir estudió la cara de su hijo. Cuando tres semanas antes, Jamal llegó al palacio, se había dado cuenta de que algo lo preocupaba,

y Fatimah le había contado de qué se trataba, pero él había hecho oídos sordos y no le había dado importancia al asunto. Pero en aquel momento, el rey se dio cuenta de que la expresión de su hijo era la de un hombre atormentado y le preocupó el hecho de que una mujer hubiera sido capaz de hacer algo así a una persona como Jamal.

—La mujer a la que amas es occidental, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y estás dispuesto a rechazar a una mujer de tu raza para casarte con otra que no es como tú, ni profesa tu religión?

Jamal levantó la barbilla y se irguió.

—Sí. Porque aunque no sea como yo, ella es parte de mí, al igual que yo soy parte de ella, padre, el amor nos ha unido.

Los ojos del rey se oscurecieron.

— ¿Amor? ¿Y qué sabes tú del amor? —le preguntó—. ¿Estás seguro que no es tu libido la que habla por ti? La lujuria puede ser una emoción tan fuerte como el amor —insistió el rey.

Jamal se acercó a su padre.

—Soy consciente de ello y admito que en un principio fue así, pero después todo cambió. Tengo treinta y cuatro años y conozco la diferencia entre ambas emociones. He mantenido una relación con Najeen durante varios años y nunca he creído enamorarme de ella.

—No lo habrías hecho. Tú sabes cuál es tu posición en la vida. Ella era tu amante. Si un hombre de tu estatus se enamorara, tendría que ser de su esposa.

—Pero las cosas no siempre ocurren así, padre, y tú lo sabes bien. Sé que es el amor lo que me da fuerzas para decirte esto y suplicar tu comprensión. Es el amor el que me mantiene en la más absoluta tristeza, tormento y depresión. Y también es el amor lo que me ha ayudado a continuar durante este tiempo.

Jamal se interrumpió para tomar aire.

—Cada vez que os veo a Fatimah y a ti, veo amor. Y el amor es lo que hace que esté dispuesto a abdicar de mi derecho al trono si fuera necesario.

La expresión de la cara del rey fue de aturdimiento.

— ¿Estas dispuesto a eso… por esa mujer?

Jamal sabía que sus palabras habían herido a su padre, pero tenía que decirlas para que en tendiera lo mucho que Delaney significaba para él.

—Sí, padre. Fatimah tenía razón; el amor es algo tan poderoso que puede doblegar hasta la voluntad más fuerte. Amo a Delaney Westmoreland y quiero que sea mi princesa.

Su padre lo miró y asintió solemnemente.

—También deberías saber que hay una posibilidad de que Delaney lleve a mi hijo en su vientre —añadió Jamal.

Su padre abrió los ojos de par en par.

— ¿Lo sabes con seguridad?

Jamal negó con la cabeza.

—No. No he vuelto a saber de ella desde que volví de América. Solo puedo fiarme de mi intuición masculina, pero tengo intención de ir a buscarla. También quiero pedirle que se case conmigo y que vuelva a Tahran conmigo.

—¿Y si se niega?

—Entonces tendré que convencerla de alguna manera. Haré lo que haga falta.

El rey Yasir asintió. Sabía lo persuasivo que podía llegar a ser su hijo cuando quería.

—Preferiría que te casaras con alguien de nuestro país, Jamal, sin embargo, tienes razón: el amor no distingue entre razas, colores y religiones.

—¿Tengo tu bendición, padre? El rey asintió lentamente.

—Sí, aunque estoy seguro de que te casarías con ella aunque no te la diera. Pero antes de aceptar a la mujer que quizá un día gobierne sobre nuestro país contigo, necesito conocerla. Es todo lo que puedo hacer.

Jamal asintió.

—Y es todo lo que yo te pido. Eres más que justo, padre.

El rey Yasir abrazó a su hijo en una poderosa demostración de cariño, y Jamal le devolvió el abrazo. Cuando el rey se apartó de él, Jamal se marchó del estudio de su padre.

—Delaney, ¿estás segura de que estás bien? —Preguntó Tara por tercera vez aquel día—. No quiero ser pesada, pero no tienes buen aspecto.

Delaney asintió. Realmente no se sentía bien, pero aquella situación se prolongaría durante un tiempo. Había tenido un retraso y la prueba de embarazo que había comprado le había confirmado que llevaba al hijo de Jamal en su interior.

Había decidido mantener su palabra y hacérselo saber, pero decidió esperar a la primera consulta con el ginecólogo, dentro de unas semanas.

Un bebé.

La sola idea de estar embarazada del hijo de Jamal la hacía feliz, y si no fuera por las náuseas matinales, estaría perfectamente. Al menos, todo lo bien que podía estar una mujer que no dejaba de pensar en el hombre al que amaba. Cada mañana, leía la sección internacional del periódico en busca de la noticia del matrimonio de Jamal. Pero hasta aquel momento, no había visto nada.

Cariñosamente se acarició el vientre. Jamal había engendrado un hijo en su cuerpo y lo amaría tanto como lo había amado a él.

—¿Delaney?

Delaney levantó la mirada y se encontró con la preocupada expresión de Tara. Aún no estaba preparada para compartir aquella noticia con nadie.

—Estoy bien, Tara. Es solo que últimamente he estado un poco ocupada, preparándome para la visita de mis hermanos. Tengo que hacer acopio de fuerzas, tanto mental como físicamente para enfrentarme a ellos. Pueden ser agotadores.

Tara se rio.

— ¿Cuando llegan?

—Hoy, a lo largo del día. Te agradezco que alojes a dos de ellos en tu apartamento. Los cinco no cabrían en el mío de ninguna manera.

—No te preocupes. Tengo ganas de conocerlos. Y Delaney no dudaba que sus hermanos querrían conocerla a ella.

Jamal se recostó en el asiento de su avión privado. Iba rumbo a América. Asalum estaba sentado a su lado, utilizando sus contactos en varias empresas de seguridad para averiguar la dirección de Delaney. Jamal pensaba ir directamente a su casa en cuanto aterrizara el avión.

Sonrió al pensar que volvería a verla. Por dentro, ansiaba volver a sujetarla entre sus brazos.

Echó la cabeza hacia atrás; ya llevaban ocho horas de vuelo y según el piloto, aún quedaban otras cuatro antes de llegar.

Asalum le ofreció una almohada.

—Toma.

Jamal tomó la almohada y se la colocó detrás de la cabeza.

—Gracias, Asalum —dijo él y miró la vieja y arrugada cara de su sirviente—. Ya no estoy deprimido.

Asalum no pudo ocultar su sonrisa.

—¿Y qué sientes ahora, Majestad?

Jamal sonrió sinceramente.

—Felicidad.

Capítulo Trece

Tara se apoyó contra la puerta del cuarto de baño. Su cara reflejaba preocupación al oír devolver a Delaney al otro lado de la puerta.

—Delaney. ¿Estás segura de que estás bien? Es la segunda vez que devuelves, hoy.

Delaney mantuvo la cabeza sobre la taza del váter, pensando que quizá lo hiciera por tercera vez.

—Sí, Tara, estaré bien. Dame un minuto. En aquel momento, Delaney escuchó el timbre de la puerta.

¡Sus hermanos habían llegado!

—Tara, por favor abre la puerta. Probable mente serán mis hermanos, así que por lo que más quieras, no les digas que estoy en el baño, devolviendo.

Tara sonrió.

—De acuerdo. Haré todo lo que pueda por despistarlos, pero solo si prometes ir a ver al doctor Goldman mañana. Parece que has pillado un virus.

Cuando Delaney entró en el cuarto de estar, Tara estaba regañando a sus hermanos por mirarla fijamente.

—Veo que habéis llegado bien —dijo Delaney y movió la cabeza al ver que ellos no dejaron de mirar a su amiga cuando ella entró en la habitación.

Se estaban comportando como los típicos machos que tenían a una irresistible mujer delante.

—Sí —contestó Chase, sonriendo, aunque no a ella.

En aquel momento, sonó el timbre de la puerta y Delaney se dirigió a abrir, dejando a sus hermanos con los ojos clavados en su amiga.

Cuando abrió la puerta, sintió que se le cortaba la respiración, que su corazón daba un vuelco y que su cabeza daba vueltas.

—¡Jamal!

Jamal entró y cerró la puerta tras de sí. Sin decir una palabra, y sin darse cuenta de que había más personas en la habitación, tomó a Delaney entre sus brazos y la besó. Automática mente, Delaney se acopló a él y le devolvió el beso.

Aquella íntima escena sorprendió a las otras cinco personas que había allí, pero sobre todo a cuatro de ellas.

—¿Qué demonios está pasando? –gritó su hermano Dare, interrumpiendo el beso.

— ¡No!—gritó Delaney al ver las iracundas expresiones en las caras de sus hermanos.

Se habían levantado y se estaban acercando a ellos. Delaney se

colocó delante de Jamal para protegerlo y sintió que él se tensaba antes de hacerla a un lado.

Sus cuatro hermanos se detuvieron y miraron a Jamal de arriba abajo como si fuera de otro planeta, en vez de una persona vestida con el típico atuendo árabe.

De la misma manera, Jamal los miró a ellos. Inmediatamente supo quiénes eran y la mirada que los dedicó, feroz y letal, les hizo saber que protegería a Delaney incluso de ellos si hacía falta.

—Puedo explicarlo —dijo Delaney rápidamente, intentando atajar aquella situación antes de que fuera demasiado tarde.

—Nos lo explicarás cuando nos hayamos encargado de él —dijo Stone, furiosamente—. ¿Quién demonios es? ¿Y por qué te ha besado?

Al ver cómo Jamal la sujetaba por la cintura, se enfureció aún más.

—Quítale las manos de encima —lo amenazó.

— ¡Ya está bien! —gritó Delaney—. Los cuatro os estáis comportando como bárbaros. Si me dais la oportunidad, os lo explicaré todo.

Delaney se interrumpió cuando de repente sintió que se mareaba y que sus piernas flaqueaban. Se apoyó contra Jamal.

La feroz mirada de Jamal dejó a los cuatro hermanos y concentró toda su atención en Delaney.

—¿Estás bien? —preguntó en un susurro.

—Llévame al cuarto de baño Jamal. ¡Ahora!

Jamal reaccionó rápidamente y tomándola en brazos, siguió a Tara hasta el cuarto de baño, dejando a los hermanos Westmoreland completamente aturdidos.

En cuanto estuvieron dentro, Jamal dejó a Delaney de pie y cerró la puerta con cerrojo. En aquel momento, Delaney sintió que las fuerzas la abandonaban y se dejó caer de rodillas en el suelo. Por cuarta vez aquel día, devolvió.

Cuando terminó de vaciar su estómago, tiró de la cadena e intentó ponerse de pie, solo que Jamal la recogió en sus poderosos brazos.

La dejó sobre un taburete y mojó una toalla para limpiarle la cara.

Unos minutos más tarde, volvió a ponerla de pie y la rodeó con el brazo por la cintura mientras ella se lavaba los dientes.

Después, volvió a sentarla sobre el taburete y se colocó delante de ella.

—Parece que el pequeño príncipe ya empieza a dar problemas —dijo él, suavemente, mientras le pasaba la toalla húmeda por la cara.

Delaney lo miró, aún sorprendida de que estuviera allí. Mientras lo miraba, pensó que es taba aún más guapo, si es que aquello era posible. Sus oscuros ojos la miraban con ternura y se había dejado una pequeña barba que le daba un aspecto muy seductor.

Inspiró profundamente. ¡Quería hacerle tan tas preguntas! Pero

entonces recordó lo que él acababa de decir.

—¿Qué has dicho? —preguntó ella para asegurarse de lo que había oído.

Jamal pareció divertido, pero contestó de todos modos.

—Dije que el pequeño príncipe ya empieza a dar problemas —repitió y en aquella ocasión, acarició suavemente su vientre.

— ¿Cómo has sabido que estaba embarazada?

Jamal sonrió ampliamente.

—Tuve un presentimiento. He estado soñando contigo cada noche desde que nos separamos. Los sueños eran tan reales que me despertaba empapado en sudor y sexualmente exhausto. Y cada vez que hacíamos el amor, yo depositaba mi semilla en tu vientre, lo que me recordó que aquello realmente había ocurrido unas cuantas veces en la cabaña.

Delaney asintió y miró la mano que él aún tenía sobre su vientre.

—¿Por eso has venido? ¿Para confirmar que voy a tener tu bebé?

Jamal le levantó la barbilla.

—No. Estoy aquí porque te echaba demasiado de menos y no podía pensar en casarme con otra mujer. Así que le dije a mi padre que te amaba y que quería que fueras la mujer de mi vida.

Delaney abrió los ojos de par en par.

—¿Y qué pasa con la princesa con la que te ibas a casar?

Jamal se tensó.

—Por lo visto tenía prisa por casarse porque se había quedado embarazada de otro hombre. Fue un deshonroso intento de fingir que el hijo era mío.

—¿Y Najeen? ¿Está bien?

Jamal enarcó una ceja. Sabía que Delaney quería hacerle una pregunta concreta.

—No vi a Najeen. La primera noche que pasé allí le dije a mi madrastra que se asegurara de que volvía a su tierra. Ya no es mi amante.

Delaney alargó la mano para acariciar su mejilla y recordó que en una ocasión él le había dicho que nunca renunciaría a su amante.

—–¿Te arrepientes de haber renunciado a ella?

Jamal la miró a los ojos y sonrió.

—Lo único de lo que me arrepiento es de haberte dejado a ti, Delaney. Me he sentido muy triste sin ti. Lo único que me ha mantenido vivo han sido los sueños —dijo él con la voz ronca.

Ella sonrió.

—Yo también he soñado contigo. Y cuando descubrí que estaba embarazada, me alegré mucho.

— ¿Hace cuánto que lo sabes?

—Me lo empecé a imaginar la semana pasada, cuando vi que tenía

una falta. Esta mañana me he hecho una prueba de embarazo que ha confirmado mis dudas, y tengo cita para ver al médico dentro de dos semanas.

Delaney acarició los labios de Jamal con los dedos.

— ¿Cómo te sientes al respecto?

Jamal sonrió.

—Saber que llevas a mi hijo en tu interior me hace muy feliz, Delaney. No pretendía dejarte embarazada, pero me relajé contigo más que con ninguna otra mujer, así que creo que inconscientemente, quería que fueras tú la que me diera un heredero.

Delaney sintió que la felicidad inundaba su cuerpo.

–¡Jamal!

—Y tú eres la mujer a la que quiero por princesa, Delaney. Dime que te casarás conmigo y que vendrás a Tahran a vivir. Hay muchos americanos en Kuwait, que es un país vecino, y si alguna vez echas de menos tu casa, podemos venir de visita siempre que queramos. Incluso podemos vivir aquí la mitad del año y la otra mitad en mi país. Creo que mi padre aún será rey por mucho tiempo, lo que significa que no tendré que permanecer en Tahran permanentemente, al menos durante unos años.

Jamal se inclinó hacia ella y la besó en los labios.

—Dime que te casarás conmigo para que pueda ser solo tuyo.

Delaney sabía que no podía rechazarlo. El amor que sentía por él era demasiado grande y sabía que quería pasar el resto de su vida con él.

—Sí, Jamal. Me casaré contigo.

Capítulo Catorce

Aquella noche, Delaney dejó a sus hermanos al cuidado de Tara mientras ella y Jamal salían a cenar. Aunque él los había invitado a todos, Delaney agradeció que reclinaran la invitación. Así podría pasar toda la noche con él.

—¿Estas lista, Delaney?

Jamal interrumpió sus pensamientos y ella lo miró cariñosamente por encima de la mesa.

Aquella tarde, después de explicarles unas cuantas cosas a sus hermanos, Jamal se había marchado para cambiarse de ropa y había vuelto dos horas más tarde.

Aquella noche se había vestido a la manera occidental y estaba absolutamente maravilloso con aquel traje gris oscuro y corbata de color azul marino. Delaney sonrió al pensar que era un hombre verdaderamente guapo.

Sus oscuros ojos la miraban de una manera muy seductora.

—Sí —contestó ella—. Pero aún es pronto. No habrás pensado llevarme directamente a casa, ¿verdad?

Jamal se puso de pie y rodeó la mesa para ayudarla a levantarse.

—No. Pensé que te gustaría conocer la casa que me he comprado para vivir mientras esté aquí.

Delaney enarcó una ceja.

—Pero si has llegado hoy.

Jamal asintió.

—Asalum es muy eficiente cuando se trata de negocios. El se encargó de todo desde el avión.

Delaney movió la cabeza. No estaba segura de poder acostumbrarse a tanta extravagancia.

—Debe de ser muy bonita.

—Lo es. Enseguida lo comprobarás —dijo él y le dio la mano para salir del restaurante—. Hay otra razón por la que quiero llevarte a mi casa.

Delaney se imaginó cuál era aquella razón, pero quería que él se lo dijera de todos modos.

—¿Y cuál es, «majestad»?

Jamal se inclinó hacia ella y le susurró algo al oído. Delaney se sonrojó incluso bajo su oscuro tono de piel. Después, le dedicó una sonrisa.

—Creo que podré hacer algo al respecto, mi príncipe.

Unas horas más tarde, Jamal se inclinó sobre Delaney e inhaló su aroma antes de besarla para que se despertara.

Se echó hacia atrás mientras ella abría los ojos, y cuando lo hizo, le dedicó una sonrisa.

—Puedes despertarme cuando quieras, majestad.

Jamal se rio y le acarició la mejilla con un dedo.

—Es hora de que te lleve de vuelta a casa. Les prometí a tus hermanos que te llevaría a una hora razonable.

Delaney alargó la mano y lo acarició.

—Y por supuesto, querrás hacer el amor otra vez antes de llevarme a casa, ¿verdad?

—Eso es lo que había pensado —dijo él son riendo, mientras se colocaba encima de ella—. Te amaré siempre, Delaney.

—Y yo te amaré siempre a ti. ¿Quién habría dicho que lo que se suponían iban a ser unas vacaciones en soledad, es lo que nos ha unido? Y pensar que al principio ni siquiera nos gustábamos.

Jamal la besó suavemente en los labios.

—Ya sabes lo que se dice, ¿verdad? —preguntó él mientras deslizaba la lengua por su cuello.

—No —susurró Delaney—, ¿Qué es lo que se dice?

Jamal sonrió.

—Las cosas no siempre son lo que parecen —dijo él y volvió a besarla—. Pero el amor que compartimos es y será lo que nosotros queramos.

Epílogo

Seis semanas más tarde.

— ¿Otra ceremonia de boda? —preguntó Delaney cuando consiguieron unos instantes a solas en el patio del palacio.

A su alrededor; el calor y la humedad del desierto los envolvía, pero la fragancia del jazmín y las gardenias permanecía en el ambiente, dándole una nota seductora y erótica.

—Ya vamos por la cuarta.

La primera ceremonia se había celebrado en el precioso jardín de los padres de Delaney, en Atlanta, hacía ya tres semanas. La segunda había tenido lugar la semana anterior, cuando llegaron al palacio. Habían acudido el rey y la reina y otros mandatarios con sus esposas. La tercera había sido en la plaza mayor de la ciudad y la habían organizado los habitantes de Tahran para dar la bienvenido al príncipe y a su princesa.

Jamal sonrió.

—Pero piensa en lo que nos divertiremos en las noches de bodas que tenemos por delante.

Delaney alargó los brazos y rodeó el cuello de su marido, y lo besó.

—Eso es cierto —susurró ella.

Después, se dio la vuelta para que su espalda se apretara contra el torso de Jamal mientras este acariciaba su vientre. Pensó que no podía ser más feliz.

La semana anterior, en cuanto llegaron, inmediatamente recibió una invitación para hablar con el padre de Jamal, a solas. Al principio, el rey se había mostrado feroz, dictatorial y la había interrogado sin descanso acerca de sus convicciones y creencias.

Ella había contestado todas sus preguntas con sinceridad y respeto, y al final, el rey Yasir le había dicho que le recordaba a su esposa, la reina Fatimah y que sabía que no tendría ningún problema en ser comprendida, respetada y amada por todos. Después, la abrazó y le dio la bienvenida a la familia.

Las hermanas de Jamal, Arielle y Johari, también la habían hecho sentirse como en casa al decirle que no la consideraban como la esposa de su hermano, sino como su hermana. Pero había sido Fatimah la que había ganado el corazón de Delaney para siempre al conversar con ella en privado y compartir ciertas cosas con las que había tenido que enfrentarse cuando ella llegó por primera vez al palacio, y cómo había intentado cambiar algunas de manera sutil.

Incluso le había sugerido a Delaney que pensara en la posibilidad de utilizar sus conocimientos para informar a las mujeres de Tahran

acerca de las enfermedades infantiles y lo que podían hacer para prevenirlas. Además, le dijo que podía ejercer su profesión en el hospital que entre ambas convencerían al rey para que construyera.

— ¿Lista para volver, princesa? —preguntó Jamal, mientras le daba un beso en la frente.

—¿Tenemos que asistir a otra cena, esta noche? —preguntó ella, dándose la vuelta para mirarlo.

Se sintió inmediatamente atrapada por su oscura mirada y comenzó a sentir que su cuerpo se calentaba. Se preguntó si llegaría el día en que no se sintiera sexualmente atraída por su marido.

—No. De hecho había pensado que podíamos pasar una noche tranquila en nuestro apartamento —dijo él.

—Eso suena maravilloso, Jamal.

Últimamente no habían podido pasar mucho tiempo a solas, excepto por las noches cuando llegaba la hora de acostarse. Delaney había disfrutado de las noches en que habían hecho el amor y en las que él le había recordado una y otra vez lo mucho que significaba para él y lo mucho que la amaba. Delaney se quedaba dormida entre sus brazos y él la despertaba cada mañana con un beso.

—Todo el mundo debería enamorarse, ¿ver dad, Jama

Este sonrió.

—Sí. Pero me apuesto algo a que nunca convencerás a tus hermanos de eso.

Delaney asintió porque sabía que era verdad.

—Pero se alegran por nosotros.

Aquella noche, después de hacerle el amor a su esposa Jamal se bajó de la cama mientras ella dormía. Se puso la bata y salió del apartamento. Bajó por las escaleras y salió al patio, en busca de un sitio privado en donde dar las gracias.

Media hora más tarde, mientras volvía a su apartamento, se encontró con Asalum, acechando entre las sombras. Nunca bajaba la guardia y siempre estaba alerta para proteger a su príncipe.

Asalum estudió las facciones de Jamal.

— ¿Está todo bien, Majestad?

Jamal asintió.

—Sí, mi amigo y compañero. Todo está bien.

El silencio se hizo entre ellos durante un instante.

— ¿Sabes lo que siento ahora, Asalum? —preguntó finalmente Jamal.

Una sonrisa se dibujó en los labios de Asalum, tenía una idea aproximada, pero preguntó de todos modos.

—¿Qué sientes?

De repente, Jama comenzó a reírse. Era una risa cargada de alegría y felicidad que atravesó el silencio de la noche y resonó en el patio.

Y cuando la risa remitió, Jamal habló.
—Júbilo
NORA ROBERTS
FIN